

Vínculo

Septiembre de 2018 / Edición especial JRD



*"Vamos juntos hacia
la otra orilla"*

"Discernir supone aprender a escuchar lo que el Espíritu quiere decirnos"

(Papa Francisco)

**A la manera de nuestro Fundador,
el P. José Kentenich,
queremos aprender a navegar
en medio de las corrientes
del tiempo, las necesidades
del mundo y la realidad concreta
que nos toca vivir y servir,
de allí que este ejercicio
de discernimiento
puede ayudarnos
a mirar la realidad
con ojos providentes.**

**En esta edición extraordinaria de revista Vínculo le hemos pedido
a diversas personas que, desde su área del conocimiento y praxis,
puedan mostrarnos un camino para acercarnos a la realidad
que vivimos hoy como Iglesia y sociedad, así como criterios de discernimiento
para responder a esa realidad que nos interpela, cuestiona, confronta y desafía.**

Con el soplo del Espíritu, vamos juntos hacia la otra orilla



P. Juan Pablo Rovegno M.

Vínculo

schoenstatt chile
septiembre de 2018
edición especial

DIRECTOR:

P. Juan Pablo Rovegno
pjprovegno@gmail.com

EDITOR:

Octavio Galarce B.
galarce@gmail.com

EQUIPO DE REDACCION:

Hna. Jimena Alliende L.
María Isabel Banfi
Verónica Gutiérrez Contreras
P. Juan Pablo Rovegno
P. Carlos Cox
Octavio Galarce

ADMINISTRACION:

Octavio Galarce B.
Membrillar 55 - Rancagua
722235665 / 992422344

IMPRESIÓN GRAFICANDES®

“El viento sopla donde quiere: tú oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Lo mismo sucede con todo el que ha nacido del Espíritu” (Jn 3, 8). Así respondía Jesús a Nicodemo ante el diálogo que tenían sobre la posibilidad de nacer de nuevo para entrar en el Reino de los Cielos. En este tiempo a la luz de este pasaje, nos hace bien volver a ver nuestra historia personal y comunitaria: el Espíritu Santo sopla donde quiere y como quiere con el único fin de ayudarnos a nacer de nuevo. Lejos de dejarse encerrar en esquemas, modalidades, estructuras fijas o caducas, lejos de resignarse o “bajar la guardia” ante los acontecimientos, el Espíritu está continuamente en movimiento para ensanchar las miradas estrechas, hacer soñar al que perdió la esperanza, hacer justicia en la verdad y en la caridad, purificar del pecado y la corrupción e invitar siempre a la necesaria conversión. Sin esta mirada de fe todo lo que podamos decir y hacer caería en saco roto. Esta certeza es imprescindible para mirar el presente sin evasiones pero con valentía, con coraje pero sabiamente, con tenacidad pero sin violencia, con pasión pero sin fanatismo, con constancia pero sin ansiedad, y así cambiar todo aquello que hoy ponga en riesgo la integridad y la dignidad de cada persona; ya que las soluciones que se necesitan, reclaman encarar los problemas sin quedar atrapados en ellos o, lo que sería peor, repetir los mismos mecanismos que queremos eliminar. Hoy somos retados a mirar de frente, asumir y sufrir el conflicto, y así poder resolverlo y transformarlo en el eslabón de un nuevo caminar”.

A la luz de este párrafo de la “Carta del Papa Francisco al Pueblo de Dios que peregrina en Chile”, hemos pedido a diversas personas que, desde su área del conocimiento y sus vivencias, puedan mostrarnos un camino para acercarnos a la realidad que vivimos hoy como Iglesia y sociedad, así como criterios de discernimiento para responder a esa realidad que nos interpela, cuestiona, confronta y

desafía. Son diversas miradas que nos invitan a dejarnos tocar por la realidad, no defensiva sino creativamente.

La motivación está en la percepción del Papa de que una de las causas de la dolorosa crisis que atravesamos, está en la falta de contacto y diálogo con la realidad, y la incapacidad de responder creativamente y desde el Evangelio a esa realidad; así como el riesgo de articular espacios cerrados y elitistas, que no se abren a la realidad que nos interpela. El desafío es dejarse conmover por la realidad, despertando iniciativas pastorales que se hagan cargo de ella.

Queremos aprender a navegar en medio de las corrientes del tiempo, las necesidades del mundo y la realidad concreta que nos toca vivir y servir, de allí que este ejercicio de discernimiento puede ayudarnos a mirar la realidad con ojos providentes.

Nuestro Padre Fundador era un apasionado por el tiempo, es decir, por la forma como Dios va conduciendo en medio de la historia, así como del desafío de leer los signos de los tiempos. Él nos entrega criterios que necesitamos actualizar y poner en diálogo con nuestra realidad, ya que también nosotros como Familia estamos en el tiempo y participamos del proceso eclesial que vivimos (no sólo para responder por nuestras propias faltas y carencias, sino también para renovar nuestro espíritu y nuestras formas). Los textos del Padre que acompañamos los presentamos a manera de criterios de discernimiento desde diversos ángulos.

En el Año del Padre queremos sumergirnos en su manera de vivir en el tiempo: “con el oído en el corazón de Dios y la mano en el pulso del tiempo”.

Que esta iniciativa nos anime a cada uno y en comunidad a discernir la realidad, para colaborar activamente en el proceso eclesial que vivimos.

En medio de un camino

Cada “noticia” y cada novedad ya no es tan novedosa. Más de lo mismo ... pero no es lo mismo. Es peor!!! Y sigue y sigue... Parece no terminar nunca... El dolor tampoco se calma. Al revés, crece y crece. Sí, mientras no se sane. Este sentir, muchas veces representa lo que vive quien ha sido abusado. Este es el drama que como sociedad estamos viviendo.

Las razones activan nuevas reflexiones en la misma dirección del sentir. Así, validamos desde lo que sentimos, pensamientos elaborados con una tremenda carga emotiva. No es fácil mantener la cordura y el respeto a la verdad y la justicia. En vez de ayudarnos a preguntar y conocer –esenciales en el poder saber y con ello mejor entender y comprender– desata una vehemencia y convicción radical. Incluso nos puede llevar a distorsionar las cosas dramáticamente.

A veces potencia la rabia, que se incrementa cuando no la validamos en la resonancia empática de nuestros más cercanos. Por ello es que tendemos a buscar compartir con otros y movilizar opiniones y acciones preventivas y reparatorias más eficaces. Otras, cargada de desesperanza y desilusión –que todo lo cuestiona– incluso en lo que teníamos fe probada. Algunos con íntima rebeldía, para intentar explorar caminos nuevos –ojalá desconocidos– a ver si logramos volver a ilusionarnos. Por momentos y según nuestros juicios absolutos, evitando o incluso negando toda información o fuente de información amenazante a esas creencias.

Y así, mientras más nos afecta, intentamos responder con ahínco, desde nuestra habitual manera de reaccionar, a lo que nos resulta especialmente inquietante y peligroso. El a veces irreparable dolor a personas que fueron dañadas por los mismos en quienes confiaban y creían. Ver una iglesia pecadora y despreciada, sacerdotes y obispos enjuiciados o condenados por la justicia civil o canónica, percibidos por muchos como protagonistas activos de una cultura del abuso. Cultura que termina transformando las diferencias y la autoridad moral en ventajas o privilegios expresadas en el dominio económico, afectivo, social o sexual.

Fernando Alliende

Psicólogo
Federación de Familias



Constatar tanta miseria y debilidad, en algún grado de todos, ¿nos fortalece? Puede ser. Depende de cómo vivimos este proceso. Centrarnos con claridad desde el por qué ocurre y ocurrió. Pero no quedarnos sólo allí, considerar con esa misma lucidez, para qué, con quién y para quién se vive todo esto. Quizás tendremos que aceptar que por ser algo nuevo, es un aprender juntos. Desde lo que somos y cómo somos, pero nunca solos. Pasa por el reconocernos, perdonarnos y reconstruir juntos la misma herida.

¿Es posible crecer y sanar una crisis vincular de confianza? Tal vez sí, porque gracias a que el vínculo no se ha roto, permite sentirnos débiles y necesitados de un amor siempre más fuerte que el que podemos entregar. Pero, ¿qué pasa en nuestro vínculo con aquellos que nos desilusionan o nos desencantan y que desata ese tremendo y creciente dolor? Cuando llegamos a ese nivel de constatación de la debilidad del otro, particularmente si es alguien especialmente significativo, estamos cada vez más cerca de la realidad de “ese otro como un legítimo otro”. Vemos en extremo su limitación. A lo que puede llegar si construye su mundo desde lo peor que tiene. Nos estamos acercando, en algo, a la posibilidad de quererlo de otro modo. Quizás es de a poco y difícil, pero pasa a ser un amor diferente. Aunque nos repele e incluso lleguemos a rechazarlo instintivamente, tenemos la oportunidad de quererlo y amarlo tal como es, desde y con su limitación.

Es la manera de amar que Cristo nos enseñó con su propia sangre. Pero también gracias a que restableció la confianza de esa manera. Eso nos da desde la Fe, una gran Esperanza para seguir en ese camino. Contamos con su ayuda si se la pedimos.

¿Vale la pena? ¿Tiene sentido? ¿De qué amor estamos hablando? ¿El que vamos creciendo en esa manera de amar, nos acerca a nuestra limitada plenitud? ¿Le ayudamos a ese otro a crecer en este mismo proceso?

Está claro que el vínculo se puede llegar a romper. Pero también es la hora de prueba del máximo amor. Veámoslo en cualquier historia de amor: en el matrimonio, en la familia, en la amistad, etc. Y también en la Historia Sagrada de Dios con el hombre en sus hitos más trascendentes: en la creación, en la redención y en la resurrección. Pareciera que es parte necesaria de toda historia de Alianza de Amor. La Mater, por gracia de Dios, es modelo de ello. También, con su vida, nuestro fundador nos invita a vivirlo en familia, en sus cuatros hitos vitales, por amor a la iglesia.

¿Cómo sigue esta historia? Depende de todos los que estamos involucrados en ella.



Crisis de la Iglesia hoy en una Iglesia en crisis

¡Qué duda cabe!, nuestra Iglesia está en crisis y esto nos preocupa, nos confunde e incluso nos asusta. Por eso me parece bueno recordar que así como nuestra fe es de claro oscuro, de luces y sombras, nuestra Iglesia, divina y humana, también transita entre luces y sombras.

Hoy es tiempo de sombra, pero también, al mirar la historia, podemos descubrir obras magníficas y grandes personas que han irradiado la Luz de Cristo. Así, también hoy, si nos detenemos a buscar, encontraremos esos rayos de luz en la oscuridad, santos sacerdotes, como el P. Humberto Anwandter, que nos iluminan el camino, como tantos otros que sería largo de enumerar. Y que generalmente, surgen con más fuerza en tiempo de crisis, como una nueva oportunidad, que nos alienta a nunca perder la esperanza.

La crisis de hoy salta a la vista violentamente a través de los medios por la gravedad de los hechos. Hay dos hechos graves, uno es el escándalo de los abusos de todo tipo, incluidos los abusos sexuales, un grave delito, pero que lamentablemente se da en distintos ámbitos de nuestra sociedad. El otro hecho, es el del encubrimiento de los abusos, ya sea por acción u omisión, el que, en mi opinión, reviste mayor gravedad para la Iglesia como institución jerárquica.

La jerarquía de la Iglesia, frente al gravísimo problema de los abusos, cae en una profunda contradicción consigo misma y su misión. En una mal entendida misericordia e ingenua pretensión de que las personas abusadoras pueden recapacitar y corregir su conducta, solo cambiándoles el contexto o sometiéndolos a terapia, deja en segundo plano a las víctimas, a los que más sufren. De manera similar a como ha ocurrido en toda la sociedad por siglos, la Iglesia protegida en un sistema institucional cerrado en sí mismo y justificada en "un bien superior": su imagen y el prestigio de sus pastores; termina por desproteger al más débil y rompe la confianza que el pueblo de Dios ha depositado en ella.

¿Pero como se explica esta crisis de la Iglesia? Hoy, en que todos los muros institucionales se derrumban y penetra la luz, podemos ver con más claridad cómo en la Iglesia venimos incubando por siglos la crisis. Pertenecemos a una Iglesia que desde Constantino se organizó como un estado, en un sistema jerárquico autoritario, machista, que concentró el poder, que se aburguesó y se centró en sí misma, que

se fue distanciando progresivamente de la Iglesia original, acentuadamente democrática, sencilla, humilde y fraternal, "alma de todo el mundo" (Pío XII).

Conformamos una Iglesia que no logra adaptarse a los tiempos y a la cultura, que se ha quedado estática y no ha sabido navegar por el mar de incertidumbres, hacia el nuevo mundo para impregnarlo de su espíritu creativamente. Como parte de una cultura post moderna, en la que caen las grandes verdades y utopías, donde ya no hay un marco ordenador de la vida social, como un suelo que sostiene a las instituciones de la sociedad, donde únicamente la esfera privada es la que parece salir vencedora. La Iglesia, como todas las instituciones, pierde fuerza y da la impresión que como reacción a la cultura, se ha atrincherado, se ha puesto a la defensiva, denunciando "a los enemigos de la Iglesia", más que saliendo a su encuentro. Favoreciendo así, sin proponérselo, un ambiente de división, entre buenos y malos, entre amigos y enemigos.

En estos tiempos de grandes y acelerados cambios también se generan grandes confusiones, una de ellas es la confusión de la autoridad. El tránsito de un sistema autoritario que concentra el poder, a uno democrático pluralista, genera en primer lugar, una gran crisis de autoridad. Experimentamos un ejercicio de la autoridad errático, que pendula desde el abuso de poder, hasta un desconcertante dejar hacer o la anarquía. Este es un fenómeno que afecta a toda la sociedad, a las instituciones, a la familia y también a la Iglesia, como autoridad espiritual.

Una segunda confusión, se da como consecuencia de una cultura donde no hay un marco ordenador que de certezas, relativista y hedonista, donde crecen sentimientos de inseguridad, de temor, suspicacia y escepticismo. En este ambiente se genera una crisis de confianza. Frente ella, como sociedad, tendemos a aislarnos. Centrados en nuestras verdades y necesidades, vamos conformando círculos cerrados. También como Iglesia formamos un círculo cerrado, una "élite espiritual en defensa de la verdad y del bien común". Pero paradójicamente, en este círculo, nos vamos quedando solos, distanciándonos cada vez más de la sociedad y de la cultura; de la realidad en la que Dios nos ha hecho nacer para servir.

En las crisis de autoridad y confianza, se va debilitando la capacidad de una sana

Luis Alberto Dueñas

Psiquiatra
Federación de Familias



conducción, de un auténtico diálogo y encuentro fraternal. Se crea un ambiente donde es fácil caer en actitudes defensivas irracionales, en miradas autorreferentes que no consideran otra verdad más que la propia o la que nos permite sostenernos como personas o grupos. Así también la Iglesia, cerrada en sí misma, como una élite espiritual, tanto consagrados como laicos, unos por acción, otros por omisión, defendiendo su verdad, termina por caer en vergonzosos encubrimientos y en graves faltas a la misericordia con las víctimas.

¿Por donde pasa el camino de salida de la crisis de la Iglesia de hoy y de la Iglesia de siempre?

En primer lugar, reconocer con auténtica sinceridad, en palabras y obras, los graves errores y pedir perdón a las víctimas. Para que este perdón sea efectivo, es necesaria la verdadera humildad, que como Santa Teresa nos enseña ¡es andar en la verdad! Es asumir, sin excusas, sin preguntas ni quejas, toda la responsabilidad que le cabe a cada uno y a la institución que representa, en cualquier grado y/o circunstancia. De lo contrario, solo parecen palabras vacías, como tantas que escuchamos hoy.

Este primer paso es fundamental para un segundo, para derribar los muros de la desconfianza que tanto nos separan. La desconfianza de las víctimas, de personas e instituciones afectadas, y la desconfianza que afecta a toda la sociedad y la cultura en su conjunto, en la cual Dios nos ha hecho nacer. Existimos para transmitir Su mensaje de amor, paz y fraternidad. Pero para ello hay que correr verdadero riesgo que, como el Padre Kentenich nos recuerda, "consiste en que, aunque humanamente no tengamos nada en que apoyarnos, confiamos en que lograremos lo que esperamos". Con esta audacia, podemos correr el riesgo de tender puentes, de entablar un auténtico diálogo con todos, para encontrarnos. Porque es solo en el encuentro, primero con Cristo que nos llama, y luego con el prójimo; en el cual nuestra fe se funda y del cual

nuestra fe se alimenta y se mantiene viva.

Finalmente, respecto del ejercicio de la autoridad, principio de una sana conducción, el Padre Kentenich nos enseña y nos invita a ejercerla con un sentido integrador, de mutua pertenencia, solidaridad y democrático, recordándonos la Iglesia original. En sus palabras: *“¿No tenía antes la Iglesia una orientación más acentuadamente democrática? No en relación al hecho de que no haya existido una jefatura; pero sí en cuanto existía un sentido para la mutua pertenencia interior entre la autoridad y la comunidad: había solidaridad. El jefe, la jefatura, el sacerdocio, los obispos, mantenían un estrecho contacto con el pueblo”* (La Renovación de la Iglesia. Textos escogidos. P. José Kentenich; Editor Peter Wolf, Ed. Nueva Patris).

El Padre nos invita también a la práctica de una obediencia familiar, que para un sano ejercicio de la autoridad, es la que tenemos que practicar y enseñar. *“A su esencia pertenece, en primer lugar, una gran dosis de corresponsabilidad, y luego, de franqueza. Lo propio de una obediencia familiar es una profunda y amplia corresponsabilidad. Una obediencia sana, familiar, no suprime la personalidad; al contrario, crea personalidades. Personalidades que saben unir la obligación, la obediencia y la libertad (...)”* (La Renovación de la Iglesia. Textos escogidos. P. José Kentenich; Editor Peter Wolf, Ed. Nueva Patris).

Para escribir estas pocas líneas he intentado inspirarme en nuestro Fundador, él nos muestra el camino de salida con claridad, al menos es así como yo lo entiendo. Su diagnóstico es actual y su tratamiento tiene todo lo que hoy necesitamos para conformar una Iglesia para los nuevos tiempos, solo que todos tenemos que ponerlo en práctica, consagrados y laicos. Esta crisis nos abre una oportunidad de reflexión, de renovación y nos impulsa a salir al encuentro. Humildemente, con lo poco que somos y tenemos, sostenidos en Él.

Para terminar este apretado resumen de algunas ideas respecto de la crisis de la Iglesia, me parece bueno recordar la primera carta de Pedro que nos anima: *“Saltad de júbilo, aunque de momento tengáis que sufrir un poco en diversas pruebas. Así la pureza de vuestra fe resultará más preciosa que el oro (que, aun después de acrisolado por el fuego, perece) y será para vuestra alabanza y gloria y honor en el día de la manifestación de Jesucristo. A él no lo habéis visto, y lo amáis; en él creéis ahora, aunque no lo veis; y os regocijaréis con un gozo inefable y radiante, al recibir el fruto de vuestra fe, la salud de vuestras almas”* (1Pe 1, 6-9).

Algunas luces para discernir la realidad

Las ideas principales que siento pueden servir para leer lo que estamos viendo y obtener luces de ella son:

+ Una crisis en el modo de relación: producto de la sociedad del rendimiento la inmensa mayoría de las personas, incluidos los miembros de la Iglesia, han visto empobrecidos sus vínculos, haciéndose estos funcionales, desconfiados, condicionados e interesados. Por esto se perdió la confianza y la capacidad de amar. El gran padecimiento de la Iglesia y de la Sociedad es que ya no se vive el AMOR de Dios al interior de ella; se ha perdido la gratuidad, el encuentro, la libertad de ser quien se es sin ser juzgado, sin buscar beneficio; nos hemos cosificado unos a otros en vista de los propios objetivos y búsqueda de poder y/o satisfacción personal. Se ha perdido la sencillez, el gozo de conocer a los demás y de aprender unos de otros y ayudarnos; caminar juntos y amar de modo incondicional. Hoy hay muchas personas que están secuestradas por el paradigma actual y no saben por dónde canalizar su energía, sus vidas y siguen ignorantes y víctimas de un mundo deshumanizante.

+ Autoritarismo y energía eminentemente masculina en las dinámicas eclesiales: la forma de comportarse de la Iglesia es la de un padre conocedor de



Trinidad Ried

Periodista, escritora
directora de
la Fundación Vínculo



toda la verdad, incapaz de dialogar, alfabeto emocionalmente, autoreferente, un tanto ególatra, a la defensiva de su estructura, preocupado de mantener su poder, incapaz de escuchar, de ver las necesidades de sus hijos, lejano, ausente y preocupado de sí mismo más que de servir o amar. Por lo mismo, le vendría muy bien a la Iglesia incorporar un estilo de relación más democrático, que sume energía femenina en cuanto a la empatía, a cuidar las formas, a contener, a velar por los detalles, a esperar los procesos de las personas, a amar desinteresadamente, a la colaboración, a la renuncia del poder en pro de la comunidad, a reconocer la fragilidad que nos hermana, a pedir perdón, a ser humilde, sencilla, servicial, amorosa, a formar familias y hogares.

+ Falla en el modo de enseñar la fe, impide que haya aprendizaje: todas las personas buscan ser felices y el camino que ofrece Jesús es la mejor respuesta que todo ser humano podría alcanzar, sin embargo, por los modos en que se enseña la fe, está ha dejado de generar vivencias significativas que permitan encontrarse con él y con su amor. Tal como lo dice la neurociencia y todas las ciencias del aprender, para que realmente una realidad sea asimilada por la persona, esta debe tener la posibilidad de interactuar con “el concepto”, manipular el contenido, tener la opción de elegir, de reflexionar, de desarrollar su propio lenguaje, de interactuar con otros y generar meta cognición a partir de la motivación intrínseca, sus intereses y necesidades. Lejos de eso, la Iglesia ha optado por continuar enseñando la fe con la “vieja escuela”, que utiliza un lenguaje complejo, retrógrado, condenador y moralista, instructivo, no participativo. Un copy-paste que ya no es efectivo ni afectivo. En el mejor de los casos, se ha caído en los “eventos” de fe, pero que no abarcan las cuatro dimensiones del ser humano, atravesándolo y transformándolo con Cristo.

“Providencia e Improvisación”

Oscar Karadima, hermano del P. Fernando, relata que luego de un encuentro con el Papa, éste le regaló una foto en cuyo reverso se leía: *“A la familia de Óscar Karadima, con mi bendición y mi dolor por tanto sufrimiento que llevan. A nombre de Fernando, mudo e incapaz de caer en la cuenta, les pido perdón”* (Entrevista diario La Tercera 17/06/2018).

Trabajo en el Departamento de Música de la Universidad de Chile en la formación de estudiantes de composición musical. La experiencia de crear la Cantata del 31 de Mayo junto a Pedro Montecinos y Juan Enrique Coeymans en 1974 ha mantenido viva la pregunta de cómo la música se relaciona más vitalmente con la “cruzada del pensar y vivir orgánico”. Luego de musicalizar varios textos del P. Joaquín Alliende, hace 10 años comencé a orientar la composición –que siempre tiene algo de monólogo– a lo espontáneo de improvisación con otros. En la improvisación musical en grupo todo depende de la escucha pues lo que se toca es a partir de escuchar. Allí nos damos



cuenta que hay personas a quienes nos cuesta más y somos “incapaces de caer en la cuenta” pues, durante los ensayos y presentaciones, tocamos demasiado rato y con un volumen tal que tapamos excesivamente a los demás. La improvisación musical la venimos realizando en un proyecto llamado Red Interdisciplinaria de Arte Tierra de Larry donde, además, lo hacemos simultáneamente en Internet con grupos similares en universidades extranjeras. En la improvisación online la escucha mutua se hace más compleja pues hay una cantidad de factores técnicos y humanos que se interponen. La situación de estar en red nos puede hacer aún más “mudos (o vociferantes) e incapaces de caer en la cuenta” pues el otro a distancia se hace casi invisible. Pero, por otra parte, también es una oportunidad de ejercitar la escucha e ir a la búsqueda de ese mágico y efímero momento en que la música forma un solo cuerpo sonoro a nivel planetario como una especie de visión de la Ciudad celeste. A pesar de que los resultados artísticos son discretos, en este trabajo en red hay una interacción fascinante entre cosas planificadas, como las tecnologías y quienes están detrás de ellas, y otras espontáneas como tocar música libremente. Se podría decir que hay una cuidadosa providencia y también improvisación humana.

Hace unos meses defendí una tesis doctoral en mi laica U. de Chile titulada “Providencia e Improvisación: un cuerpo para artes y ciencias tocando música en red”. Lo que traté de ver es de qué manera providencia e improvisación son aspectos de una misma cosa, vale decir, entre ambas forman el tocar en un solo cuerpo. En el cuerpo hay un tocar conforme a una finalidad que podríamos decir que está movido por una providencia, un mirar conforme a un deseo, pero en eso también hay un tantear que es improvisado. También existen tactos que son espontáneos

que se manifiestan en ademanes, gestos, caricias, certezas espontáneas, estados anímicos, etc. En todo eso hay providencia e improvisación, tanto en el tocar providente que está gobernado por la voluntad y la razón como en los otros movimientos que emergen espontáneamente y que dan vida y alegría a las artes.

En la crisis que vive la Iglesia en Chile percibo esa necesidad de “pensar en red”, que es el término que usamos con nuestros pares improvisadores para definir lo que estamos haciendo al tocar a distancia. El tocar une, pues siempre cuando tocamos somos tocados. Tocamos y somos tocados por la voz y el dolor de las víctimas de abusos sexuales y de poder, de los cuales el Papa Francisco se ha hecho parte de manera elocuente y con acciones concretas. Tocamos y somos tocados por el llamado que hace el Papa a la “adultez de los laicos” que consueña con la invitación a educarnos en primer lugar como personalidades “libres y fuertes”. Por otra parte, tocamos y somos tocados por lo “sacerdotal”, la tercera característica del “hombre nuevo en la nueva comunidad”. Tocamos y nos tocan las voces que defienden el principio de obediencia filial ante el representante de la autoridad del Padre. Tocamos y nos tocan los ideales de amor incondicional a la Familia de Schoenstatt y a la Iglesia en la cual hemos sido formados en el carisma kentenijano y que se expresan, por ejemplo, en la oración “Séquese mi diestra” del “Hacia el Padre” (estrofas 583 a 585). Tocamos y somos tocados en el Cuerpo inmaculado y virginal de Cristo y María y el Pan partido de su Alianza.

La Misión del 31 de Mayo proclamada hace casi 70 años –y que este año coincidió con la fecha en la cual recibimos la carta del Papa– tiene mucho que ver con lo que está pasando en nuestra Iglesia. Hay una pregunta quemante por una nueva “manera de tocar” –algo musical por lo demás– que complementa el esfuerzo por abrirnos a diversos “puntos de vista”; a la diversidad cada vez mayor de formas de vida sin perder el “momento de escucha”, vivir la radicalidad del vínculo al carisma del Padre Kentenich que está en cada uno de nosotros y en cada situación en el permanente vaivén de providencia e improvisación de una “pedagogía de movimiento”. Un Padre que, durante 14 años, pidió perdón por una Iglesia “que no caía en la cuenta”.





"Tender puentes y crecer como Familia"

Vivimos una gran crisis como Iglesia, crisis que también nos afecta como Movimiento. En este minuto todo se tambalea, se discute, se pone en duda; se levantan voces por todos lados. También nosotros, como jóvenes, queremos sumarnos y tocar ciertos temas sensibles que creemos fundamentales dialogar y así después empezar a sanar heridas, tender puentes, y crecer como Familia.

1. El riesgo de un idealismo unilateral y la invisibilización de la realidad

Somos un Movimiento de ideales y es una de nuestras grandes fortalezas, no tenemos dudas que son una fuente de alegría infinita. Pero también creemos que muchas veces, alejándonos de la verdadera pedagogía que presentó el Padre Kentenich, caemos en un idealismo unilateral que tiende a ocultar, o peor, a callar lo compleja e imperfecta que es nuestra humanidad, haciendo que todo lo que se aleje del "deber ser" o del "ideal" no sea comprendido, asumido o incluso en algunos casos, marginado, lo que nos ha hecho renunciar a la conducción de procesos, a la integración de las diferencias y a servir a la vida desde la realidad.

Esta actitud nos ha ido encerrando, volviéndonos sordos al llamado que, constantemente, Dios y la Mater están haciendo vida en nuestra cultura, nuestro tiempo, sociedad y en muchos de quienes participamos en Schoenstatt. Así, la diversidad de inquietudes y personalidades dejan de ser una alegría, para ser un peligro; el compromiso con resol-

ver los problemas del tiempo, dejan de ser una oportunidad, para ser un llamado de alerta.

Por lo mismo, es que creemos necesario un salto de confianza y apertura a la realidad, a las comunidades y al Chile complejo que hoy espera una respuesta, para así –firmes en nuestros ideales– podamos ser capaces de reinterpretarlos, adecuarlos y ampliarlos a la luz de los nuevos tiempos.

2. El papel de los Asesores en la Juventud

Un tema sensible es que muchas veces se ha tendido a confundir el verdadero rol que le corresponde a la asesora o asesor dentro de nuestras Ramas: más que estar al servicio de la vida y los procesos que Dios va despertando en los que participan en ellas, se ha tendido a poner excesivamente en el centro a una persona o idea como fin. Esto nos ha llevado a decisiones unilaterales o a opciones que no siempre surgen desde la juventud, debilitando la vitalidad y originalidad propia de nuestra edad.

Creemos fundamental, para poder crecer en una conducción más equilibrada, que el rol de la asesora o el asesor sea más compartido con otros adultos: que lo masculino complemente a lo femenino y viceversa, que la experiencia familiar complemente la de los consagrados. De esta manera, podemos ayudar no sólo a que existan ambientes más sanos y protegidos, sino que también nos ayuda a vivir más profundamente lo que es ser

Familia con su maravillosa diversidad, originalidad y cariño.

3. La persona y el vínculo con el Padre Kentenich

Tenemos la suerte de tener un gran fundador como el Padre Kentenich, con una vida y mensaje increíbles. Sin embargo, somos demasiadas veces infantiles frente a su figura: todo lo resolvemos con una frase o cita de él, lo creemos infalible e incuestionable, o no somos capaces de reflexionar por nosotros mismos ciertas estructuras y situaciones a la luz de nuestra cultura, tiempo y situación.

No se trata de poner en duda lo esencial del Movimiento: la Alianza, la Mater, el Santuario y sus gracias, el ser familia, la federatividad..., sino de ser capaces de replantearnos nuevas situaciones a las que podamos responder con libertad y responsabilidad.

Pasar de una infancia dependiente a una adolescencia que cuestiona, para así finalmente alcanzar la madurez en nuestra relación con el Padre Kentenich; donde él sigue siendo el mismo, pero nuestra mirada de él cambia. Sacar, como dijo el Papa "carné de adultos" en Schoenstatt.

Felipe Flores - Nuevo Belén
Catalina Saavedra - Bellavista
Benjamín Rodríguez - Campanario
María Jesús Tocornal - Providencia
Lucas Apparcel - Campanario
Sebastián Pineda - Providencia
Vicente Jaramillo - Campanario

¿Qué ha pasado con los que hemos sido seducidos por Cristo?

Carmelitas Descalzas / Viña del Mar

La famosa “separación FE-VIDA” que nos preocupaba desde hace decenios, la hemos visto instalarse en la vida de los cristianos en Chile, consagrados y laicos como un gran triunfo del poder del Maligno que ha desembocado en esta realidad agotadora y lamentable.

Todos, especialmente los que somos y amamos la Iglesia: cuerpo de Cristo; tenemos que entrar en esta realidad y sufrirla como el Buen Pastor la está sufriendo. Entrar en ella y dejarnos interpelar personal, comunitaria y eclesialmente... *“Siempre han de ser lo que más os deben los que os fatiguen?”* (C.P. 1. 3).

¿Qué ha pasado con los que hemos sido alcanzados por el Amor de Cristo?... El nos ha prometido la herencia eterna a los que por seguirlo, lo hemos dejado todo (Mt 19, 27), pero parece que lo encontramos poco y hemos buscado herencias humanas, honores y nuestro propio querer. No cultivamos tal vez ese amor y ya no tuvimos qué ofrecer a los que lo buscaban. Quizá no tuvimos el coraje de anunciarlo y así la fe se fue debilitando y nuestra consagración se alimentó de otras migajas. Pienso que vivir bajo la mirada del Dios-Amor que nos ha llamado, y nos preserva de estos desvíos, pero nos hemos apartado de su mirada y el proceso es siempre sutil. Se hace de a poco y con justificaciones humanas, terminando en un auténtico autoengaño.

Lo que vivimos no es nuevo en la historia. Teresa de Jesús fundó el Carmelo Descalzo en el siglo XVI al ser testigo del decaimiento de la Vida Religiosa, al ver las profanaciones de la Eucaristía por parte de calvinistas y luteranos. Al ver la doble vida de algún sacerdote escribe: *“Entendí bien cuán más obligados están los sacerdotes a ser buenos que otros”* (V. 38, 23). Tanto amor al Señor la llevó a vivir en carne propia todos los pecados de la Iglesia y buscó repararlos con su amor y entrega temiendo siempre de sí misma porque sabía que separada de El era capaz de caer también ella en eso, y el Señor la confirmó con estas palabras: *“dijome que ... en verme así entendería la miseria que era... y que no había seguridad mientras vivíamos en esta carne”*. (V. 39. 20). ¿Cómo hemos llegado a tanto? Ni un poco de este temor.

Se me ocurre que así como hemos tenido el regalo de experimentar a la Madre Iglesia que a través del Papa Francisco tras su providencial visita a Chile, nos ha hecho sacudirnos el lastre que llevábamos, creo que obispos, vicarios, superiores tendríamos que responder con un atento cuidado por lo que se nos confiaba. Por otra parte, a todos los que se nos ha confiado parte de la grey, tener apertura para recibir este cuidado con sencillez y humildad. Evitar así el “adueñarnos” de nuestra gente o “parcelitas”. Que las cosas que hablamos las vivamos, que caminemos hacia una Iglesia pobre y servidora. Solo así será reconocida por los que buscan a Jesucristo.

Tiempo de los laicos, de las mujeres... Sí, pero también reconozcamos el pecado como católicos chilenos. ¿Por qué no hemos transmitido la fe a nuestros hijos como la recibimos de nuestros padres o abuelos? Quizá falta de convicción o temor al rechazo. Las sanas tradiciones de la Misa del domingo en familia, el Mes de María... y tantas maneras que nos abrieron a nosotros este tesoro, las hemos cerrado para los mismos que amamos y así tenemos una sociedad exitosa pero vacía, con apariencia saludable pero sin esqueleto.

La que tuvo el cuerpo de Cristo muerto en sus brazos y mantuvo aún ahí la esperanza nos acompaña en este camino de purificación para ser renovados y ver la Resurrección gloriosa del cuerpo de Jesús como Ella lo vio.

Soledad Alvear

Abogada, ex Senadora
y ex Ministra de estado



La crisis de la Iglesia

Observamos con asombro y dolor todas las denuncias y hechos que afectan a sacerdotes y miembros de la Iglesia acusados de abusos sexuales. Sin perjuicio de investigar y sancionar estos hechos, es importante indagar en sus causas y hacer los cambios necesarios para que la Iglesia pueda retomar el histórico rol que ha tenido en nuestro país.

Gracias a la Iglesia: hemos conocido a Cristo y su mensaje; se nos ha formado en elevados ideales fundados en el amor; se nos ha despertado una inquietud por lo sagrado y lo trascendente; se nos ha inculcado que somos parte de una comunidad, los unos para los otros; y, se nos ha alentado a construir el Reino, lo que da sentido a nuestra vida.

Somos parte de una generación que se interesó por el servicio público motivada por la acción y testimonio de la Iglesia. Estaba comprometida con los más pobres, defendía y promovía los DDHH, su mensaje era de esperanza, de acogida, de diálogo, de reconciliación, de perdón y no castigadora y de imposición en normas morales. Nos interpeló a comprometernos en la defensa y promoción de los valores en que creíamos, por eso nos duele y condenamos a los que se han valido de su poder “moral” para abusar de otros.

Queremos una Iglesia que vuelva a centrarse en la vida y testimonio de Jesús; que muestre coherencia entre lo que predica y lo que práctica, como lo trata de hacer el Papa Francisco; que se abra a creyentes y no creyentes, con un mensaje acogedor y abierto a una sociedad cambiante; que centre su mensaje en lo esencial del evangelio, “amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo”; y, que renueve su estructura: con más transparencia y menos reserva, más

La verdad y el amor como banderas por delante

participación y menos jerarquía, mayor igualdad entre hombres y mujeres, mayor presencia y protagonismo femenino, el celibato para quien tenga la vocación a la vida célibe y no para todos los sacerdotes, que la simbología se adecue a los nuevos tiempos y sea más cercana a la gente, que tenga un mensaje más acogedor y no tan acusador, que reconozca que se es una institución de personas que hace el mayor esfuerzo por hacer el bien, pero que también es pecadora y que la especificidad de sus miembros está en transmitir el mensaje del evangelio y el testimonio de Jesús.

La Iglesia debe reconocer los avances de la ciencia psicológica. Ser guía espiritual o atender a otros requiere: una formación especial; vocación de servicio permanente; equilibrar los tiempos de trabajo, meditación y recreación; y, tratarse psicológicamente cada cierto tiempo. Puede que muchos casos de los que hemos conocido se hayan originado en no entender la necesidad de tener estas prácticas.

En todo caso tenemos esperanzas de que con la ayuda y compromiso de todos, sacerdotes y laicos, la Iglesia sabrá salir adelante. En la Iglesia son muchos más los que dan testimonio verdadero de Jesús. Pero, a la vez, la salida de la crisis requiere de cambios estructurales.

No es la primera ni la última crisis de la Iglesia, en el pasado hubo otras que incluso llevaron a su ruptura, pero salió adelante. Seguir a Cristo es más importante que la Iglesia misma, pero sin duda, el fortalecimiento de las estructuras en que se apoya el cristianismo ayudará a tener un mundo mejor.

Seguimos pensando que los valores del humanismo cristiano continúan siendo una respuesta a los problemas que tenemos hoy como sociedad.

Estamos en un tiempo de cambios, de desafíos y de un llamado a no quedarnos atrapados en las formas que, por estáticas y rígidas, nos han llevado a cerrar los ojos y a hacernos tanto daño.

La crisis actual que vive nuestra Iglesia en Chile nos afecta a todos, sin duda, somos los consagrados y especialmente los sacerdotes los que estamos más en tela de juicio y bajo la lupa del escrutinio constante, sin embargo, es un desafío para todos los que somos parte de la Iglesia el esforzarnos por dar un testimonio que ayude a sacar la verdad a la luz y que señale caminos de renovación y esperanza.

Nos siguen golpeando noticias que nos estremecen, que cuestionan nuestra fe y que muchas veces nos mueven a preguntarnos si esto en algún momento se va a acabar. Frente a esto, no tenemos una respuesta clara ni certera, sin duda todos quisiéramos que esta pesadilla pase de una buena vez. Sin embargo, mirando con ojos providencialistas, es el camino del cual se está valiendo Dios para poder podar de forma adecuada su Iglesia, limpiando todo aquello que está mal y que no construye, desafiándonos a todos a estar más atentos y a reenfocar nuestra vida de fe y nuestro quehacer pastoral. Nos golpean noticias que nos preocupan y nos desasosiegan, tenemos que recordar las palabras del Profeta Jeremías *"... así ha dicho el Señor Dios de Israel a los pastores que apacientan mi pueblo: ustedes dispersaron a mis ovejas, y las espantaron, y no las han cuidado. He aquí que yo castigo la maldad de sus obras..."* (Cf. Jer 23, 2). Dios no se queda de brazos cruzados y le recuerda a su pueblo que enviará buenos pastores (Cf. Jer 23, 4).

Hoy más que nunca tenemos que asumir la responsabilidad por nuestra Iglesia, no sirve de nada sentarnos en la vereda del frente a tirar piedras, tampoco sacamos nada al señalar a otros como culpables lavándonos las manos y esperando que alguien se haga cargo.

P. Cristóbal Asenjo

Asesor
Familia Nuevo Belén,
Santiago



En primer lugar, tenemos que rezar por las víctimas, por todos aquellos que de forma más o menos grave se han visto afectados, es nuestra responsabilidad como cristianos. Todos tenemos que hacernos cargo de esta situación. Todos somos responsables de velar porque estas situaciones no se vuelvan a dar, tenemos que cuidar a nuestros pastores, no mirándolos con sospecha constante, sino más bien acompañándolos con nuestra oración, con nuestra cercanía y ayudándolos a reconocer la humanidad y humildad que nunca debe faltar en la labor confiada.

La tarea pastoral es tarea de todos los bautizados, todos tenemos que esforzarnos por dar un testimonio de una vida cristiana vivida en profundidad, de una vida de oración, en comunión con Cristo y su mensaje, tenemos que ser portadores de su Buena Noticia para todos los que buscan la verdad en su vida.

Tenemos que aprender a sacar partido de las dificultades y hoy, se nos regala de forma especial la posibilidad de mostrar otra cara, una Iglesia que sabe ponerse de pie, que sabe reconocer sus errores y sus derrotas, pero que a la vez sabe sobreponerse y empezar de nuevo, con sencillez, con humildad, volviendo a sus orígenes, reconociendo que su misión principal es el servicio a los más pobres y olvidados.

Nuestro carisma nace en tiempos difíciles para la Iglesia y el mundo, hoy son otras las batallas que nos toca luchar, pidámosle a Dios que nos de la fortaleza y la inteligencia para poder llevar adelante su tarea, con sencillez, con humildad, y llevando la verdad y el amor como banderas por delante.



No pasemos de largo frente al que sufre

Quisiera en esta reflexión acentuar cuatro actitudes que han sido para mí líneas orientadoras en mi servicio pastoral en la obra de María Ayuda, obra que fundara hace 35 años el P. Hernán Alessandri Morandé, padre de Schoenstatt, quien trabajaba en ese entonces en el Santuario de Bellavista, en La Florida. Cuando pienso en la crisis que vive hoy la Iglesia chilena, no puedo dejar de reflexionar en estas actitudes fundamentales que nos han faltado a tantos miembros de la Iglesia. Son dos los relatos que quiero relacionar con ello. Por una parte, la Parábola del Buen Samaritano, en el Evangelio de Lucas, que nos habla de aquel hombre que cae en manos de unos bandidos y es despojado de todo y queda botado a la orilla del camino. En la escena dos personas lo ven, pero pasan de largo, un sacerdote y un levita. Pero un tercero, un hombre de Samaria, es decir un extranjero, se detiene y lo ayuda. Y por otra parte, el relato de los comienzos de María Ayuda de la mano del P. Hernán. El mismo nos cuenta que llegaban al Santuario de Schoenstatt en esos años de dura crisis económica y de enorme cesantía, cientos de personas a pedir ayuda. Gente que no solamente había sido despojada de lo material, como vivienda, alimentación, y trabajo, sino que, con ello de lo más esencial, que era su dignidad de persona. El contacto con la gente, el escucharlos, es lo que hizo darse cuenta al P. Hernán del drama social que esto significaba: *“el contacto diario con pobladores de muchos ‘campamentos’, nos confirmaba que en los sectores de extrema pobreza había co-*



P. Francisco Pereira O.

Director Pastoral
de María Ayuda

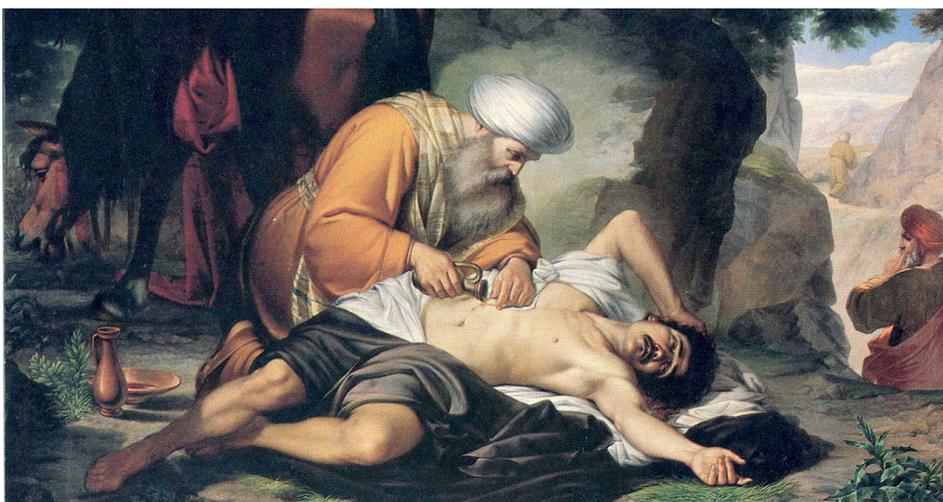
menzado a producirse en forma masiva la muerte de la familia chilena”.

La primera actitud que quisiera destacar en ambos relatos, el de la Parábola y el del P. Hernán, es la de escuchar a la gente. Es también esa actitud que el Papa Francisco con tanta insistencia nos quiere transmitir. Una actitud que tiene que ver con la cercanía y el encuentro con las personas, una actitud que significa compartir y entrar en diálogo con otros. Y esto tiene su fundamento en algo muy propio de la pedagogía de Schoenstatt, los vínculos personales o pedagogía del amor. Es allí, en el contacto con la gente, donde vamos a poder comenzar siempre nuestra labor pastoral o misionera, desde el lugar correcto, la realidad y no la ideología. Mi experiencia personal en los 15 años acompañando el camino de la obra de María Ayuda, con los niños y niñas vulnerados en sus derechos fundamentales, me ha confirmado que esa es la actitud fundamental para comprender la realidad. Cuando logro escuchar y entender el drama de los que acogemos, cuando comprendemos en esa cercanía del encuentro, lo que significa ser despojado de su propia dignidad, de su propia familia, y tener que alejarse de ella, te da la base

para pensar toda acción posterior desde su realidad y no desde la realidad que yo creo. No puedo dejar de pensar que la crisis que sufre hoy nuestra Iglesia chilena, es el alejamiento de la gente, sobre todo de la gente que sufre y las innumerables situaciones en que los miembros de la Iglesia, todos nosotros, “pasamos de largo” como los dos hombres de la Parábola.

La segunda actitud que quisiera destacar del aquél buen Samaritano y del P. Hernán es la de conmovirse. Nos dice la Parábola que “llegó cerca de él un samaritano que iba de viaje, lo vio y se conmovió”. Al sacerdote y al levita que pasan de largo ¿qué les ocurrió que no se conmovieron? La ley estaba por sobre el amor, “no tocar sangre de un herido”, para los judíos eso era lo correcto y sienten que “hicieron muy bien”. Y aparece un samaritano, seguramente comerciante (llevaba cabalgadura, monedas, aceite) era un hombre considerado impuro por la ley. Este samaritano se conmovió. ¿Qué significa conmovirse? Es un acto de misericordia que parte desde dentro, de las entrañas, es decir lo que es tocado primero es el ser. Eso es lo que le ocurrió también al P. Hernán, se conmovió por una realidad nueva y desconocida, la de las niñas en la calle, que para obtener dinero para comer vendían su cuerpo por pocas monedas. En mi experiencia en estos años en la compleja realidad de los niños y niñas que acogemos, pienso siempre en el riesgo o peligro de perder la capacidad de congobernarnos (como al sacerdote y al levita), al estar permanentemente vinculado a esta realidad. Quizás, la crisis que vivimos tiene que ver con la incapacidad de empatizar con los que sufren, en diversas situaciones de su vida. En el caso de las víctimas de abuso, de ponernos en su situación, de mirar desde el primer momento el dolor que habían experimentado. Frente a la profunda crisis que vivimos hoy, si no recuperamos la capacidad de congobernarnos con el dolor ajeno, con el sufrimiento a nuestro lado, para poder así comenzar a actuar, será difícil recuperar la confianza que hemos perdido.

La tercera actitud es actuar, es decir hacer algo. En el caso del Buen Samaritano “se le acercó, curó sus heridas, se las vendó, lo subió a un animal, lo llevó al hotel, y se encargó de él” ... Y el P. Hernán frente a lo que le había conmovido nos



dice: *“Ante esta situación, nos propusimos, conscientemente, una acción orientada al salvataje de la familia entera. María, la Madre de Belén (y de la familia de Dios) sería nuestra aliada y símbolo. Ella nos encaminó a comenzar por el eslabón más delicado y débil: las madres del futuro, expuestas desde pequeñas a los peligros de la calle”.* Esa ha sido también mi experiencia en estos años en María Ayuda, actuar como respuesta a aquello que la realidad me ha ido mostrando. Actuar en primer lugar generando todas las condiciones de dignidad necesarias para ellos, actuar en nombre de ellos frente al Estado y las políticas públicas, actuar y no esperar que otros lo hagan, pero siempre desde el Evangelio, porque como cristianos estamos llamados a dar respuestas concretas de promoción humana y social. Hemos querido hacerlo como lo hizo el P. Hernán, desde la fe, desde la enseñanza del Evangelio y del Magisterio, y no solamente como una acción humana y social.

Y la cuarta actitud es la de invitar, a hacer lo mismo: “vete y haz tú lo mismo”, le dice Jesús al maestro de la ley que lo estaba poniendo a prueba con la pregunta del mandamiento del amor. Así también el P. Hernán invitaba en los comienzos de su obra: *“quisiera invitarlos en la medida de sus posibilidades, a convertirse, también ustedes, en ‘salvavidas de la Providencia’, a través de cualquiera de los modos que les ofrecemos, o de los que a ustedes mismos se les pudiera ocurrir”.* Y así invitó a muchos a ser parte de esta obra en cualquier forma, para construirla entre todos, o con palabras de Francisco, en forma sinodal, es decir juntos, porque eso es ser Iglesia. Y porque la lógica del Evangelio ofrecida por Cristo es siempre una oferta, un don que reclama y exige la libertad, es que la actitud que se nos exige a todos, como miembros de la Iglesia y de Schoenstatt, no es el proselitismo, sino la libertad.

Es por esto que, desde esta perspectiva de la Parábola y de la actitud del fundador de María Ayuda, quisiera plantear la pregunta por las 4 actitudes antes expuestas: 1. ¿Estamos realmente escuchando las voces de la gente? 2. ¿Qué es lo que me conmueve en el Chile de hoy. 3. ¿Qué estoy haciendo por el prójimo, especialmente el más necesitado? 4. ¿Es mi método evangelizador una invitación en libertad o más bien un acto para ganar adeptos para mi causa?

El perdón nos humaniza...

La Iglesia, es santa y pecadora, y como cada uno de nosotros/as, seguidores de Jesús de Nazareth tiene un lado oscuro, junto a lo santo y sagrado, está el abuso de poder, la arrogancia, la hipocresía, así y todo es la Iglesia que amamos y damos gracias a Dios por lo mucho que hemos recibido de ella, sobre todo el amor incondicional a Cristo y su mensaje; nos ha alentado a construir el Reino, servir a los demás, y a descubrir lo que da realmente sentido a nuestra vida.

Por eso, pese a las caídas y debilidades de Pedro y sus sucesores, Cristo fundó la Iglesia con el mandato de evangelizar al mundo, sin la Iglesia institucional, con todos sus claroscuros, no se habría podido transmitir esa fe de generación en generación.

Lamento y lamentamos profundamente que a lo largo de la historia nos alejamos del mandato de Jesús de ir por todo el mundo anunciando su buena noticia y nos fuimos acomodando y haciendo una iglesia a nuestra medida. Dejamos de ir a todos los pueblos y lugares y nos sentamos a esperar que las personas vinieran a nuestros templos, perdimos la pasión y la alegría del anuncio de Jesús y poco a poco nos hemos ido quedando solos y con nuestros templos vacíos.

El Papa Francisco, con su visita en enero vino a removernos el piso, nos desafió a salir al encuentro de Jesús en los más pobres, nos cuestionó duramente nuestra comodidad y desidia frente a la realidad que nos golpea, todos/as quedamos movidos/as y conmovidos/as, ya que toda nuestra fragilidad humana salió

Hna. Nelly León Correa

Capellán
Centro Penitenciario
Femenino
San Joaquín, Santiago.



a la luz y ante semejante crisis, somos interpelados a volver a lo esencial, volver a la Iglesia de los 12 que se fue construyendo sobre la Cruz y la Resurrección.

En la cárcel le dijimos al Papa que en Chile se encarcela la pobreza, porque en nuestras cárceles están los pobres y vulnerados de nuestro país, están aquellos y aquellas que todo les ha sido negado desde el vientre materno, que han vivido excluidos de salud, educación y por sobre todo excluidos del amor de Dios; su presencia vino a confirmar que Dios está de nuestra parte y que el camino que hacemos al interior es un camino pascual, porque se hace desde la cárcel a la libertad, desde el dolor a la alegría, desde la muerte a la vida; por eso afirmamos con fuerza que la vida triunfa sobre la muerte.

El perdón nos humaniza, nos dijo el Papa y valoró el valiente pedido de perdón que hizo Jeanette a la sociedad; ante la crisis que vivimos estamos todos llamados, a pedir perdón con el corazón de rodillas, hemos herido fuertemente la fe sincera y sencilla de nuestro pueblo, solo el perdón nos hará libres y así recuperaremos nuestra dignidad de hijos e hijas de Dios Padre-Madre, dignidad que no se toca nos dijo el Papa, “la dignidad, se cuida, se custodia y se acaricia”. Cuidemos con nuestra vida, la vida de los niños, niñas y jóvenes y no olvidemos que la Iglesia es animada por el Espíritu Santo.



Educación para la verdad: ¿cuánto nos puede enseñar la crisis de la Iglesia?

La crisis de nuestra Iglesia con las denuncias y evidencias de abusos sexuales, de conciencia y de poder son un gravísimo escándalo que nos debiese interpelar a todos. Mirar la viga solo en los ojos de los que han sido denunciados y no detenerse a evaluar las propias prácticas, nos haría tener una actitud fariseica y soberbia que nos impediría escuchar la voz de aquel que puede sacar del mal un bien.

A pesar que es muy complejo hacer un paralelo directo y evidente de la situación de la Iglesia con el sistema educativo, si aplicamos la Fe Práctica en la Divina Providencia y escuchamos lo que nuestro tiempo nos está gritando, podemos aprovechar las circunstancias para revisar el sistema actual de educación y nuestras prácticas cotidianas como educadores en los diferentes roles y responsabilidades que nos corresponden.

Tradicionalmente se ha visto el proceso de enseñanza-aprendizaje, solo desde la perspectiva del adulto que enseña y que provoca el aprendizaje, dando por hecho una relación unilateral en la que el educando es un ser pasivo que debe absorber las ideas que le traspasa su profesor. Haciendo un arriesgado paralelo con

la situación de la Iglesia, son como aquellos sacerdotes que se sienten con el derecho de dominar las conciencias de sus feligreses sin respetar sus motivaciones e impulsos personales, pasando por alto su estado de madurez o su etapa de proceso vital.

La encrucijada se presenta al reconocer que el educador se define como aquel responsable de transmitir los conocimientos técnicos, valóricos y culturales, que son necesarios para formar personas que puedan desenvolverse adecuadamente en la sociedad. Así como un sacerdote debiese dedicar su vida a guiar a otros en el camino de la fe. Pero, ¿puede un profesor o un sacerdote, en una época donde reina el relativismo y la negación de la ley natural, asumir la tarea de conducir a otros hacia la verdad sin traspasar la línea del abuso de poder o de conciencia?

Se me viene a la cabeza la plática de un joven profesor y sacerdote a sus alumnos adolescentes: *"Me pongo, por lo tanto, enteramente a su disposición, con todo lo que soy y tengo; con mi saber y mi ignorancia, con mi poder y mi impotencia, pero, por sobre todo, les pertenece mi corazón..."*



Queremos aprender unos de otros porque nunca terminaremos de aprender, mucho menos tratándose del arte de la autoeducación, que representa la obra y tarea de toda nuestra vida" (Acta de pre fundación, P. José Kentenic, Schoenstatt 1914).

Aquí hay una pista que orienta la respuesta: Sí, profesores y sacerdotes pueden y tienen el deber ético de conducirnos y acompañarnos en el camino que va desde la ignorancia hacia la verdad.

El profesor: descubriendo con sus alumnos las diversas formas en que estos aprenden, fortaleciendo la musculatura de las habilidades cognitivas que den un propósito a la adquisición y uso de los contenidos, procurando entregar conocimientos alejados de toda manipulación ideológica y entregándoles las herramientas para que logren discernir, entre tanta información disponible, la verdad de nuestra naturaleza.

El sacerdote: postergándose a sí mismo para ayudarnos a descubrir la Luz Divina que está en nuestro corazón, acompañándonos en el camino de la autoeducación que fortalece nuestra voluntad y entregándonos criterios para discernir libremente la voluntad de Dios, única verdad que le puede dar sentido a nuestra vida.

Por lo visto, los educadores, profesores y sacerdotes (vale también para padres, jefes, autoridades, y todo aquel que tiene una responsabilidad sobre otro), tenemos mucho que aprender de la situación actual de la Iglesia, porque día a día caminamos sobre la delgada línea que separa el abuso de poder y de conciencias que adoctrina, y la formación de personas libres que su Creador les dio la capacidad a través de la razón y la voluntad de conocer la verdad.



Con María hacia los tiempos más nuevos

Quiero aportar desde mi apostolado con la Virgen Peregrina, es decir, desde la vereda del peregrino sencillo; hombres y mujeres de fe probada en la vida diaria, en la lucha cotidiana por la sobrevivencia material y espiritual. De aquellos que tienen puesta su confianza en el Señor que hizo el cielo y la tierra, que envía el sol sobre buenos y malos... (Mt. 5). Del Dios providente del que hablan los salmos (Mt. 6, 10) y del que experimentan en su propia realidad. Y así como lo descubren en la naturaleza, lo descubren también a través de aquellos que Dios ha llamado de manera especial a manifestar su amor y misericordia a los hombres en el ministerio sacerdotal y confían en su conducción espiritual que los ayudará a alcanzar, a través de los sacramentos, la felicidad eterna para la que fuimos creados. (Mc. 16, 16-17 / Jn. 20, 22-23).

Desde esta perspectiva, todo lo que ha sucedido en nuestra Iglesia ha sido un duro golpe a su alma sencilla que ha producido una pena profunda, dolor, rabia, confusión, vergüenza, desilusión y como un volcán en plena erupción, desparramó piedras, fuego y lava caliente en todas las direcciones, salpicando a culpables e inocentes sin distinción. Y aunque aún sigue corriendo la lava, lentamente han ido alzando la mirada hacia Dios Padre que los sostiene y como en una familia en la que alguno ha caído en desgracia o está fuera de la ley, sus miembros se unen y se apoyan cargando la cruz en silencio, para rearmarse y volver a comenzar; pues los dolores, las pruebas y dificultades, como la experiencia de nuestras limitaciones y pecados, y el reconocimiento de ellos, ayudan a crecer, a robustecerse interiormente, para, también en comunidad, perdonarse mutuamente, pues de alguna manera todos somos culpables... reparar el daño en la medida de lo posible y estrechar filas buscando la voluntad de Dios en el momento presente y hacia adelante, porque a pesar de todo, el amor es más fuerte.

Es lo que yo he podido apreciar en las muchas comunidades a lo largo de mi peregrinar por la patria, donde el gran puntal ha sido María, la madre fiel que cuida, sostiene y vigila, la que siempre ha estado al lado de sus hijos en las alegrías y dificultades y la que, según el sentir y la ex-



periencia de muchos fieles, para quienes han caído en desgracia, no era precisamente guía en su camino, y la Virgen Peregrina no era prioridad en sus pastorales. "Cuando uno oculta algo, no quiere que la mamá lo sepa", fue el comentario de una misionera, tratando de entender la negativa de su párroco, ahora cuestionado. María forja familia y es en la familia donde surge la esperanza y es en torno a ella, en este tiempo de purificación que se reúnen los hermanos de su Hijo, pues nos pertenecemos mutuamente como miembros de su Cuerpo místico que es la Iglesia a la que todos los bautizados comprometidos queremos y seguimos (Jn. 19, 25-27). Con ella, como en el Cenáculo, en todas partes los grupos de oración, animados por la fe, la esperanza y el amor, se reúnen implorando la irrupción del Espíritu Santo para un nuevo Pentecostés. (Hch. 2, 3-4)

En este contexto un comentario del Padre José Kentenich sobre la Iglesia, realizado el año 1965, hoy cobra actualidad: "Con el fin de explicar un poco más los pensamientos que hemos sintetizado en forma esquemática, recordemos que en la actualidad la Iglesia ha preferido otras imágenes para expresarse a sí misma. Con gusto ha retomado la imagen de la barca. Una barca que en aquel entonces fue zarandeada por las olas del lago de Genezaret. Una barca en la cual el Señor parecía dormir, tal como pareciera hacerlo hoy. Una barca que no teme al furor de las aguas y que valientemente navega en el mar de la convulsionada vida moderna. Nuevamente: una concepción dinámica de la Iglesia que expresa el fuerte anhelo de que todo el mundo sea tocado por ella... ¡Qué grande es el riesgo que implica hoy día ser miembro de esta Iglesia! ¡Cuán grande es la audacia que exige! ¡Qué enormes exigencias se ponen! Una confianza magnánima en que el barco no va a ser víctima de la tormenta; una gigantesca confianza en que será capaz de cumplir su tarea. Evidentemente tendrá que recoger, a babor y a estribor, todos los naufragos posibles. No serán ellos los que traten de rescatar a los que vacilan y titubean. En medio de la tormenta, la Iglesia quiere recalcar en todos los continentes y en todos los lugares para buscar a los llamados por Dios que anhelan un lugar permanente en esta barca".

Cristo va dirigiendo esta barca

Cómo miembros de nuestra familia Iglesia, tenemos el compromiso de acompañar y apoyar con oración y participación en todos los servicios de la parroquia, y en nuestros deberes ciudadanos, dando testimonio de nuestra fe con humildad, respeto y confianza, frente a cada situación por muy difícil que sea. Cristo va dirigiendo esta barca. El calmará el mar más tormentoso, si El va adelante mar adentro, podemos seguirlo firmes y confiados. Pasan los hombres, Dios permanece.

Por el bautismo no sólo somos hijos de Dios, sino también apóstoles e instrumentos en la construcción del reino de su Hijo en la tierra. A pesar de la gracia divina seguimos siendo frágiles y caemos, a veces muy estruendosamente, como ha sido con los últimos acontecimientos de nuestra Iglesia; sin embargo, el Espíritu Santo, quien la anima interiormente, vuelve a suscitar hombres y mujeres que están dispuestos a dar su vida por ella aspirando a la santidad para la que fueron llamados.

Por la Alianza de Amor con María, estamos llamados a contribuir en rehacer los vínculos que se han roto. Tenemos las herramientas: El santuario y sus gracias, y un Padre que nos enseñó con su vida cómo se ama a la Iglesia a pesar de sus defectos y pecados. Sólo debemos implorar una profunda conciencia de misión: "de mí depende la nueva Iglesia que sueño" y por ello colaboro donde sea necesario.



La gracia de este tiempo de desgracias

No es una tarea simple determinar las causas que puedan explicar por qué la Iglesia Católica posibilitó los abusos sexuales, de autoridad y conciencia que a todos –con justa razón– han escandalizado e indignado, ni muchos menos explicar por qué sacerdotes y religiosos concretos traicionaron de forma perversa en algunos casos, vergonzosa en otros, su ministerio. Y no es fácil, porque, en primer lugar, al momento de pensar las causas, no raras veces nuestros prejuicios se adelantan a nuestras razones y terminamos confirmando lo que ya sabíamos. Así, para una mirada más “conservadora”, todo parecería explicarse por un ambiente de relax en los seminarios, escasa selección de candidatos, y por la falta de ejecución de medidas disciplinarias severas, de acuerdo al código de Derecho Canónico. Para una visión más “progresista”, en cambio, esta crisis es la manifestación de una iglesia ensimismada, acostumbrada a los privilegios de la elite, que se desentendió de Jesucristo y de las necesidades de su pueblo.

A esta primera dificultad que cabría llamar “epistemológica” (cómo percibimos lo sucedido), sigue una segunda de tipo “ética”: a la hora de desentrañar causalidades siempre chocamos con el misterio de la libertad humana. Así, por ejemplo, podríamos conectar los abusos de poder a un clericalismo que terminó inmunizando a los sacerdotes de la crítica y promoviendo un estilo patronal o principesco de liderazgo; sin embargo, el problema es que también han existido muchos presbíteros (la gran mayoría)



que en ese mismo ambiente, se mostraron humildes y profundamente serviciales. Lo mismo sucede si queremos vincular abusos sexuales a la disposición del celibato: la atribución es limitada, tanto porque muchos se han conservado castos, como porque es sabido que la mayor cantidad de abusos se produce no entre célibes, sino entre adultos casados con vida sexual activa. En otras palabras, ninguna causa es determinante y toda explicación es siempre aproximada.

¿Significa que lo sucedido es un “misterio de inequidad” inescrutable a ojos humanos?

Me parece que junto con escudriñar explicaciones, se puede –y se debe– intentar comprender el sentido de lo sucedido. Aunque eso signifique desplazar la pregunta de “por qué pasó lo que pasó” en particular, a “para qué todo esto” con sentido de corresponsabilidad. Desde la luz de la fe y la razón no podemos desestimar que Dios ha permitido tanto mal y sufrimiento con algún fin. “Allí donde abundó el pecado, sobreamundó la Gracia”, se puede leer en la Carta a los Romanos 5, 20. Pero, ¿dónde puede estar la Gracia en todo esto? Me parece entrever

tres “gracias”, gracias que son dones, pero también tareas que debemos pedir y disponernos a recibir.

En primer lugar, no me cabe duda de que con lo acontecido Dios quiere una Iglesia más humilde. Una Iglesia que realmente se sienta “hospital de campaña”, en la que todos, desde el Papa hasta el último bautizado, incluyendo obviamente a cardenales, arzobispos y monseñores, se reconozcan pecadores necesitados de perdón y de conversión. En esa línea, una Iglesia que ni se sorprenda por su pecado, ni se acostumbre a él, parafraseando al Padre fundador.

Una segunda gracia que cabría esperar para este tiempo es la de transformarnos en una Iglesia más comunidad, o más comunitaria, aunque esa unión surja de una especie de “solidaridad en el desconcierto” y “fraternidad en la debilidad”, o precisamente por ello. En ese sentido, necesitamos volver a reconocernos como familia, sin subordinados ni menos enemigos, con más corrección fraterna y menos autoritarismo narcisista y sometimiento servil.

En tercer lugar, junto a la gracia de la humildad y la comunidad, me atrevo a señalar que la Providencia nos quiere educar en la gracia del “buen trato”. No se me ocurre cómo mejor expresarlo, pero se me viene a la mente esa expresión que encontramos en el Hacia el Padre: “cuando giro aún demasiado en torno a mi yo y no logro la forma acertada en el trato” (591). La crisis que vivimos no acabará pronto. Existen todavía muchas confianzas heridas, ofensas que no han sido asumidas y delitos que no han sido retribuidos. Pero además, ni siquiera sabemos bien cómo afrontar el tiempo que viene. La crisis purificada debe dar paso a un largo tiempo de reconversión, con una renovada actitud y una conciencia más lúcida, pero también con sus consiguientes nuevas prácticas. No va a ser tarea fácil para la Iglesia, para los fieles y pastores, laicos y consagrados, saber qué puede significar exactamente esto y encontrar los caminos adecuados de acción: cuánta cercanía y cuánta distancia, cuánto cariño y cuánto respeto, cuánta docilidad y cuánta crítica... Sólo puedo decir que esa es una gracia que bien valdría la pena pedírsela a la “Llena de Gracia”, y en oración pedirle a Ella que “llegue la hora de su amor” (HP 591).



La Cultura de la Paternidad como respuesta de Schoenstatt a la Cultura del Abuso

La cultura del abuso es, definida de manera simple, el mal uso de un poder en una relación asimétrica que se ha introducido y normalizado en nuestras vidas, un mal proceder en nuestras interacciones que se ha hecho invisible. También es algo cultural porque nos involucra a la sociedad completa. Todos estamos ligados a algún tipo de autoridad y, por lo tanto, nos abre el espacio a actuar –adecuada o inadecuadamente– con algún grado de responsabilidad: la autoridad sobre nuestra propia vida, la autoridad que tenemos frente a otros y nuestra dependencia frente a alguna autoridad. Bajo esta mirada, la crisis eclesial actual no es algo circunscrito y exclusivo a una jerarquía eclesial, sino que es social, incluyéndonos a todos en el problema y en la solución.

Algunos signos visibles de la cultura del abuso que da cuenta de relaciones dañadas o enfermas son: colaborar en un centralismo o bienestar de la persona del líder por sobre el de los confiados; que su figura la volvamos imprescindible; que tengamos muchas normas o, peor aún, que la toma de decisiones constriña la vida y libertad de otra persona (por lo tanto, corrompiendo la esencia de lo que es amar); centrarnos en un perfeccionismo, en la competencia o en generalizar, olvidándonos de la persona única e irrepetible; y, por sobre todo, en la postergación o negligencia frente al cultivo del espíritu.

Lo anterior, que puede resultar medianamente lógico para las relaciones con otros, se agrava cuando ocurre en la interacción con nosotros mismos, dado que somos autores de nuestra propia vida.

Nuestro querido P. Hernán Alessandri, en una espléndida charla que se vertió en un simple –pero contundente– libro (Cómo ejercer la autoridad, 2012, Ed. Nueva Patris) comenta que una de las más grandes preocupaciones del P. José Kentenich era la comprensión de distintos modelos de autoridad, tema que decantó en su pedagogía kentenijiana. Proféticamente vislumbraba que el mundo se encaminaba a una crisis de la au-



toridad a nivel político, eclesial e incluso familiar. Hoy esto es más que evidente.

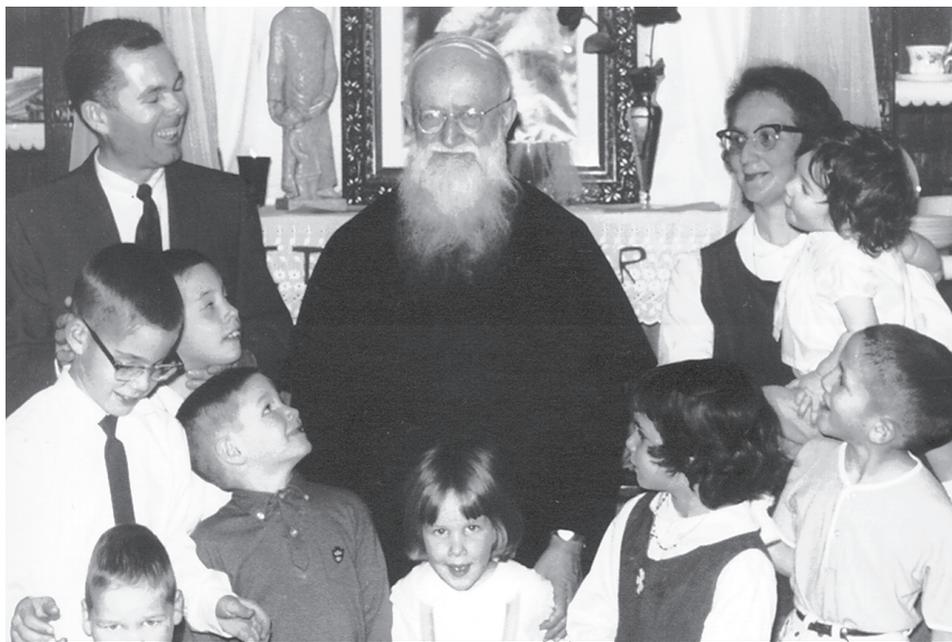
En dicho libro describe una clásica distinción actual en psicología respecto a ser jefe o ser líder. El primero ligado a la dinámica mandar-obedecer, y el segundo a engendrar, que en lenguaje shoensattiano es asemejable a lo que llamamos ‘autoridad moral’ y más vitalmente ‘paternidad’. Es quien se dispone a lavar los pies a otro y ser el último para ser el primero, es quien se reconoce instrumento de Dios para construir con Él, sirviendo la vida de los demás, es quien ha venido para que tengamos vida, y la tengamos en abundancia.

Un segundo inmenso aporte del fundador del Movimiento es que entrega un camino amplio –pero definido– de cómo desarrollar este camino de sana autoridad o paternidad a través de un breve

principio sociológico: teniendo obligaciones mínimas necesarias, desarrollando al máximo posible el preciado regalo de la libertad y, sobre todo, cultivando el espíritu.

Por último, también describe en dicho texto un tercer elemento respecto a cómo se evidencia cuando se es padre o autoridad correctamente: el fruto visible y concreto es que las personas que están bajo esta paternidad se desarrollan en su ser único e irrepetible tomando iniciativas libres que decantan en nuevos proyectos (también únicos e irrepetibles). La vida que despierta en ellos naturalmente trasciende en acciones que dan cuenta en el mundo terrenal de la presencia de Dios Padre. En este caso, la autoridad se torna prescindible.

Creo que esta cultura de paternidad –excesivamente resumida– que tan preclaramente propone el P. José Kentenich en su propuesta pedagógica de hace más de un siglo y que se ha corroborado curiosamente desde distintas líneas teóricas psicológicas, esconde una riqueza inconmensurable como una respuesta a los tiempos actuales. Nuestra tarea cotidiana es seguir educándonos en esta metodología de vida, no sólo porque sea una sana dinámica, sino por el sentido trascendental que la ilumina.



Experimentar la misericordia de Dios

Fundación Centro La Providencia

Trabajo realizado en grupo en el retiro mensual, jueves 5 de julio 2018

1. ¿Qué realidades hoy en día nos interpelan, nos confrontan, nos preocupan?

Estamos viviendo una época de desazón profunda, en la que experimentamos confusión entre el bien y el mal, generando una fuerte tendencia hacia el sincretismo.

Los factores que permiten este panorama son de distinta índole y origen: hemos quedado atónitos al enterarnos de los distintos tipos de abusos cometidos por sacerdotes de nuestra Iglesia; somos testigos de la radicalización de corrientes sociales como el feminismo y la identidad de género; vemos como las figuras de autoridad –tanto en la familia natural como en instituciones civiles y sociales que han ostentado este rol históricamente– se han derrumbado de manera estrepitosa generando crisis en jóvenes y niños, lo cual trae como consecuencia situaciones tanto de delincuencia, drogadicción, pobreza y desigualdad como también de individualismo, soledad y problemas psicológicos y de pertenencia profundos. También la realidad nos muestra un cambio veloz de composición de nuestra sociedad, producido por un alto nivel de inmigraciones que muchas veces generan desconfianza y dificultades en acoger de manera adecuada y tolerante al otro, al distinto.

Estamos en un período en que no logramos compatibilizar la verdad con el amor y con las distintas realidades para que lleguen a su plenitud, creyendo que podemos vivir sin Cristo.

2. ¿Qué actitudes inmediatas surgen frente a ellas?

Nuestra primera reacción es de paralización y bloqueo. Nos escondemos, no queremos ver lo crudo de la realidad. La confusión que generan estas situaciones nos pueden llevar a, por un lado, que la realidad nos supere y no queramos hacernos cargo o que, por otro, el miedo nos impida decir lo que pensamos o corregir porque no es “bien visto”. Pero estas situaciones también nos inspiran a abrirnos a la acción del Espíritu Santo, suscitando así una reacción más reflexiva y templada, evitando así “espantarnos” con la realidad. Como cristianos estamos llamados, frente a la rabia y reacción inicial, a la esperanza puesta en la victoria de Jesús. En concreto, nos invita a formar comunidades de fe, para que fraternalmente nos ayudemos mutuamente a crecer y a transformar el mundo según el modo en el que el mismo Señor nos interpela: “sin testimonio, no hay discurso”, en oración y adoración, pidiéndole que aumente nuestra fe y que nos regale la audacia y valentía para ser agentes concretos de un amoroso acogimiento en el mundo que nos toca vivir.

3. ¿Qué actitudes serían las de Jesús?

Lo anterior, teniendo como modelos perfecto de entrega, acogimiento y amor a Dios Padre y a Jesucristo. Imitando al padre de la parábola del Hijo Pródigo, nos encaminamos a reconocer la dignidad en todos los hijos de Dios, tomando una actitud de escuchar y de espera, respetando la libertad y los tiempos del otro. Nos invita a no hacer juicio de ningún tipo, a no imponer nuestra manera de pensar a los demás y a tener una genuina compasión.

4. Desde nuestra vivencia (Talleres, especialmente el del Perdón), ¿cuál sería nuestra actitud y camino a seguir frente a la realidad?

El desafío que se nos plantea en nuestra realidad particular es dejarnos conducir y ser instrumentos dóciles al querer del Espíritu Santo, acogiendo a los demás para darles la posibilidad abrirse y así encontrarse con el Señor. En concreto, ofrecer los talleres que imparte la Fundación para que todos podamos experimentar la misericordia de Dios y un encuentro personal con Cristo. Hacernos instrumentos del Señor para que Él haga su obra en su tiempo y forma.

En espíritu orante, hacer un seguimiento de las personas invitadas a nuestras comunidades, pero también ser capaces de confiar y respetar el misterio de la obra de Dios en cada persona.

Hna. Eugenia
Valdés Ossa

Religiosa
del Sagrado Corazón,
Formadora y Asesora de
la Pastoral de la Diversidad



Acoger la diversidad, camino hacia una mayor comunión

Vivimos tiempos complejos, tiempos que nos interpelan y movilizan, que nos exigen palabras y gestos concretos, que sumen y generen esperanza.

Como iglesia no hemos estado a la altura de lo que Jesús nos invita a vivir, no solo con respecto al doloroso y grave tema del abuso de conciencia, poder y sexual; sino también por cómo hemos abordado otras temáticas y realidades que viven muchos hermanos y hermanas: los migrantes, el mundo LGBT, los separados vueltos a casar... ¿cómo las hemos acogido al interior de nuestras pequeñas comunidades de vida y de la gran comunidad eclesial?

Frente a la realidad de la diversidad sexual, tenemos como Iglesia, como mujeres y hombres, laicos/as y consagrados/as, mucho camino que hacer. Hasta ahora no nos hemos detenido a formarnos y reflexionar seriamente en torno a ello; y menos ahondar en torno a lo que viven y sienten nuestros hermanos gays, lesbianas, transexuales; hay aquí una respuesta que nos espera, una realidad que nos reclama.

La Iglesia y el Evangelio son cosas mucho más ricas que un conjunto de normas y preceptos. De hecho, el corazón de la Iglesia y del Evangelio, es una oferta de sentido, de amor y plenitud. Todos, como Iglesia tenemos algo que hacer, qué decir, para que la acogida incondicional del Señor sea una realidad para todos.

Si queremos mostrar el rostro amoroso, alegre y misericordioso de Dios, en nuestra práctica cotidiana, en lo que hacemos y vivimos, miremos a Jesús, miremos su actuar, y descubriremos que todas sus acciones están conducidas por un solo criterio ético: incluir, acoger, contener, incorporar, acompañar... en otras

palabras reconocer a todos como hijos/as de Dios, iguales en dignidad.

Jesús fue cercano a todos, nos invita a no poner barreras ante realidades que nos son desconocidas, y que a veces por desconocidas, nos asustan, y llegamos a discriminar. Jesús, por el contrario, se adelanta a las preocupaciones de los demás, al hambriento, al que llora, al que sufre, al que es rechazado por la sociedad... Se compadece, libera y respeta la libertad de todos.

Para Él las personas son lo más importante. La ley del sábado es sagrada, pero más valen los enfermos que le necesitan.

Eso y más nos invita el Señor a practicarlo, a encarnarlo, es el modo en que debemos hacer visible su mensaje. Esa es la Iglesia que se convierte en "hospital de campaña", "que va a las periferias existenciales". Es desde ese horizonte que debemos escuchar, acoger, consolar a toda persona, en particular los que han sido discriminados, hacerlo es cuestión de humanidad; en la medida que caminemos en esa línea haremos más visible el Reino. Ser más inclusivos nos ayudará a construir comunidad, porque se es comunidad con todos, no solo con los iguales a mí.

Tenemos entonces, el precioso desafío de dar pasos concretos para crear espacios pastorales que acojan a hombres y mujeres LGBT, espacios que no sean secretos o invisibilizados, ya que el hacerlo no es heroísmo, sino que es hacer vida el mensaje de la misericordia y ternura del Padre.

¿Qué pasos me siento invitado/a a dar para sumarme en la construcción de una Iglesia más inclusiva?

¿Cómo puedo yo hacerme sensible a la realidad de la diversidad sexual?

¿Cómo podemos ayudarnos mutuamente a descubrir la acción salvífica de Dios en nuestras vidas?



Misericordiosos como el Padre

Los laicos debemos "tomarnos" el rol que nos corresponde

Esta crisis de la Iglesia y de Schoenstatt nos deja claro que hay cosas que tenemos que cambiar, tenemos que crecer. Las críticas pueden ayudarnos a tomar conciencia de nuestra pequeñez, pero creo que lo que nos puede ayudar a cambiar realmente, a renacer, es el amor. En esa línea, me parece clave aprovechar nuestra fortaleza como Familia de Schoenstatt, una comunidad de ideales, pero también de corazones.

Como laicos, me encantaría que busquemos las oportunidades, y las aprovechemos, para hacerles sentir a los Padres, las Hermanas, las Señoras de Schoenstatt, a los Matrimonios, a la Juventud, cuánto los queremos, cuánto los admiramos, cuánto nos valoramos y admiramos unos a otros, cuan agradecidos estamos de cada uno. Así como nos hemos sentido queridos y valorados, quisiéramos que se sientan queridos y valorados por nosotros.

En ese ambiente cálido y familiar, donde cada uno considere al otro como mejor a sí mismo, tenemos que ayudarnos mutuamente a crecer, y a **superar el clericalismo** en el que quizás fuimos educados, y no hemos sabido superar. Como laicos, nos ha sido cómodo que los Padres y las Hermanas asuman responsabilidades y roles que nos corresponden a los laicos. En la vida de nuestras ramas hemos sido algo infantiles, esperando que las líneas de trabajo, el material para el año, las charlas y motivaciones, las decisiones, etc. sean normalmente responsabilidad de los asesores. Quizás para algunos asesores también ha sido cómodo. Cuando se delega a un laico la conducción o, por ejemplo, la responsabilidad de elaborar material de trabajo, hay que confiar en el criterio y formación que ese mismo laico ha recibido; hacer complementos si es necesario, pero no hacer del complemento una revisión ni menos una aduana. Delegar es confiar, sobre todo en laicos formados en el carisma. En ese sentido, si bien es fundamental velar por el carisma del Padre, no hay que hacer del mismo una ortodoxia cerrada que impide la relectura y actualización de su pensamiento.

Tenemos una gran admiración por nuestros sacerdotes, hermanas, etc. lo que es muy bueno, pero eso nos ha llevado a



Pablo Navarro

Ingeniero y empresario

una relación de excesiva dependencia en materias en las que tenemos que crecer en autonomía, como laicos adultos. Y nuestros padres deben exigirnos en esa línea, exigirnos también que estudiemos, que nos formemos en nuestro catolicismo y en Schoenstatt, y no imponer su postura si pensamos diferente en algunas materias, especialmente en cuestiones "temporales".

A mi juicio, nuestra Iglesia también ha sido históricamente muy clericalista, al menos en lo referente a su doctrina social. Las EESS incluyen muchas posturas y afirmaciones que son opinables, pero al ser documentos pontificios, muchos laicos las toman como dogmas, lo cual puede en algunos casos inducirlos a tomar decisiones que no son las mejores para el bien común. También nuestros obispos en Chile han aprovechado poco las opiniones de los laicos, salvo las de unos pocos asesores seleccionados por ellos. En esta línea, es destacable que Benedicto XVI nombrara al Cardenal Turkson a cargo del Pontificio Consejo Justicia y Paz, quien encargó a laicos la elaboración del documento "Vocación del líder empresarial", un gran aporte práctico para empresarios y líderes de negocios, en materias relacionadas con la empresa y la doctrina social. Además, llamó a los laicos a ser protagonistas de la doctrina social, no sólo en su ejecución, sino también en su elaboración. Sin embargo, nuestro Papa Francisco, favorable a terminar con el clericalismo, emite demasiadas opiniones en materia temporal, que debía a mi juicio dejar a los laicos, asignándole mayor relevancia, por ejemplo, a UNIAPAC (la organización mundial de empresarios cristianos). Los laicos debemos "tomarnos" el rol que nos corresponde, dar a conocer nuestras posturas, sin por ello comprometer la doctrina de la Iglesia, sino más bien como un aporte, el cual puede ser cuestionado y complementado con otras posturas.

Solo por hoy...

¿Se puede respirar aire puro en una caldera de cianuro?, o ¿hacer pie si se ha caído en un pantano inesperado? Parece que justo eso se quiere hacer en medio de la colosal crisis eclesial de aquí, y de más allá. Aunque esta tiene visos de epidemia y sin un cauce a la vista. Bien, justo eso, no se puede. No obstante, es posible coincidir en que si nos sorprende una brutal tormentay sentimos el vértigo de un remolino que nos arrastra y hunde, entonces algo debemos hacer o no hacer. Aseguran que se debe ir hasta el fondo del embudo, ahí seremos despedidos para empezar a nadar hacia arriba. Siempre hay un algo, pequeño o grande, que sería conveniente poner por obra.

Es sabido que una crisis no es monolítica, aunque el impacto y las turbulentas emociones iniciales de ofuscación e indignación, nos convenzan de lo contrario. También sabemos que toda emoción, por fortísima que sea, es volátil, se acabará en algún momento. Entre el desconcierto que paraliza y la ira que pide ya mismo pena máxima para los desgraciados autores de tal crisis, tendrá que abrirse paso, lenta y casi imperceptiblemente, primero la capacidad de distinguir y luego, un ansia lo más pura posible, de justicia, que no será tal si no llega a la verdad real, no imaginaria,

Amelia Peirone

Licenciada
en Teología Espiritual
Causas Canonización
Mario Hiriart y
P. Hernán Alessandri



para que esa justicia lo sea de veras.

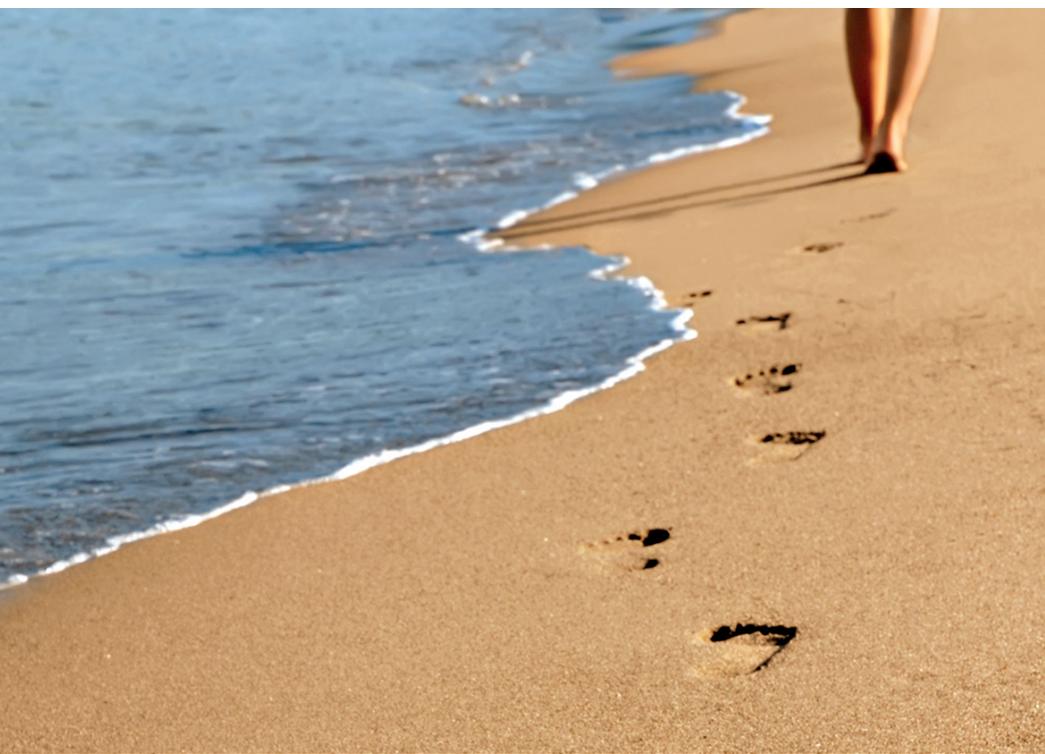
Como abrupta se nos presente una crisis –tsunami devastador–, así será de lenta, exigente, esforzada la salida de ella. Quien cae a un precipicio lo hace en un instante, para salir de allí tendrá que implementar las mejores artes y herramientas de escalador y asegurar los pasos a fin de no caer de nuevo. Adentrados en esta lectura descriptiva del contexto, que es fundamental hacer y hacerlo con inteligencia, o sea, despertando la capacidad de “leer dentro”, en todas las dimensiones de esa coyuntura, entonces podremos debatir si existe la posibilidad de cambiar la opresiva situación y respirar mejor aire. Es factible sostener que siempre habrá al menos una posibilidad. ¿Será cierto? y ¿cuál sería, en todo caso?

Conozco bien al menos una: es preciso buscar un resquicio donde se filtre una lucecita, o un espejo que devuelva algún reflejo, o una humilde cerilla que done un poco de claridad. Un “fósforo”, cuyo significado latino es “lucero del alba”, y griego,

“portador de luz”. Bastaría un fósforo para quebrar esa dura piedra de escándalo que es una crisis, y empezar a enlazar luces de solución. Por supuesto, hay categorías de fósforos. Conozco los de mejor calidad, verdaderos luceros y portadores de luz: los santos, de cerca o lejos, eso no importa mucho. Lo fundamental son sus acciones y reacciones a situaciones feroces, extremas así o más que la actual. Lo primero que hicieron es no restarse (yo no hice esas atrocidades, culpables son otros). Ellos fueron a la primera línea, visible o no. Se consideraron parte de esa humanidad caída, víctima y victimario. Luego, con paciencia, ya sin rabia, pensaron con ecuanimidad, rastrearon la verdad, se acercaron con respeto donde poder ayudar, a veces, silenciosa y fielmente se quedaron junto al herido, otras proclamaron con voz clara la verdad justa. Siempre apasionadamente, que no significa furiosamente, sino firmemente adheridos a la nítida luz que sí conocían: la que emerge de la palabra heredada en la llamada buena noticia del evangelio, pero sobre todo, sin apartar la mirada del rostro de Cristo. Ahí lo aprendían todo, de ahí salía la sabiduría requerida en cada paso. En palabras de Juan XXIII, santo, ellos ponían por obra todo eso “solo por hoy”, y un paso a la vez. Se cuestionará: ¿y qué será ese pasito mínimo frente a esta crisis sin medida? Así es, eso resulta a ojos inexpertos, sin embargo, no es la fe la que responde, sino la historia más concreta: uno solo hace la diferencia. En lo más oscuro, un solo santo o líder cambió una época, un país, una sociedad, un universo. Esta vez, el turno es nuestro.

Sugerencias

1. Haz un elenco de verdaderos líderes o santos que te atraen, históricos o actuales, cercanos o lejanos. Elige uno que quisieras conocer mejor. Infórmate sobre su época, con atención a eventos críticos que hayan enfrentado. En dos columnas, escribe sintéticamente de un lado el evento y del otro, qué reacción ha tenido tu líder.
2. Busca en los evangelios cuáles crisis habría tenido que enfrentar la Virgen María, y anota qué hizo ella exactamente ante cada una.
3. Creemos que Cristo Jesús era tan poderoso que no vivió ninguna crisis. Descubre cada situación crítica en que fue puesto a prueba en su vida terrena. Cuál fue la situación y cuál fue su respuesta.



Criterios de discernimiento

Textos del P. José Kentenich

Para una mejor comprensión del dolor del abuso

Jornada Pedagógica, 1931

“Pero si alguna vez defraudamos realmente el idealismo y los sentimientos de los jóvenes, si alguna vez nos convertimos en verdaderos canallas y malvivientes; si cometemos verdaderas faltas y delitos, verán cómo cargaremos con la culpa de haber malogrado muchas vidas.

Noten pues cuan serias son las exigencias que debemos plantearnos. Ellas constituyen lo más importante, la responsabilidad más grande en la educación y en nuestras relaciones mutuas.

Observen la delicadeza de la urdimbre de los lazos que los hombres van entretejiendo al relacionarse entre sí. La imagen que el educando tiene de la personalidad del educador opera como punto de apoyo de su propio desarrollo psíquico. El deterioro o erosión de dicha imagen producirá una ruptura de los hilos del entramado aludido. Y pasará mucho tiempo hasta que el educando se recupere de la desilusión; más aún, hay hombres y mujeres que jamás lo consiguen.

No olvidemos que a los ojos de uno u otro educando nosotros, los educadores, representamos frecuentemente la imagen ideal, somos el perchero de sus ideales.

De ahí que esa bella vocación de maestro, ese gran don, suponga el continuo imperativo: **“Si tengo la misión de educar a otros debo proseguir entonces con mi propia educación”**.

Algunos educadores se repiten: “No debo hacer tal o cual cosa para que el otro no se desilusione”. Pero, por favor, acaso no es algo evidente? Pero, por otra parte, si obramos “para que” o “para que no”, no estamos actuando con autenticidad y espontaneidad sino con premeditación y cálculo. En realidad debo sentirme motivado a ser lo que Dios exige de mí y serlo hasta en sus últimas consecuencias y a pesar de todas las debilidades humanas.

No es malo tener lados flacos. Es algo muy bueno. De ese modo el idealismo desmesurado retorna a un nivel normal. Pero lo que no debe ocurrir es que a causa de nuestra flaqueza todo en el joven se desmorone. Sería un delito contra la juventud.

Para dar sentido a la crisis que vivimos como iglesia

Milwaulkee, 1952

¿Cuál debe ser, finalmente, el sentido de todas las inseguridades, incluso las de la vida de fe? Inseguridad, si lo pensamos en forma puramente humana, ¿cuál es su sentido profundo? Si refrescamos antiguas expresiones que antes usamos con frecuencia, se recordarán de la formulación: **todas las cosas de la vida tienen una función de estímulo, pero también una función de transferencia o de traspaso o de trasposición. Se agregó una tercera expresión: una función de estímulo, una función de desengaño y una función de**

transferencia, fáciles de aplicar a las situaciones a las que aquí nos referimos, teniendo siempre, secretamente, una mirada de reojo en la fe en la Providencia.

Así pues, las cosas ejercen una función de estímulo. ¿Qué es lo estimulado, qué es lo que despiertan las cosas? Despiertan una cierta alegría, un cierto reposar en ellas. Reposo en un valor, ¿qué es eso? Eso es la paz, la felicidad. **Pero es normal que –tarde o temprano– todas las cosas de la vida nos desengañen. Y la reacción ante esa función de desengaño es, con frecuencia, una profunda amargura. ¿Qué debía ser, en último término esta función de desengaño? Debía ser un medio para activar la función de transferencia o trasposición.**

Aplicado a nuestro caso, lo vemos clásicamente expresado en la imagen del hijo pródigo. Después de estar fuera de la casa del padre, fuera del corazón del padre, se desengañó... (–) Las cosas de allá afuera las gozó, las encontró maravillosas, estaba contento y creía que estaría siempre feliz y satisfecho. Pero, nada de eso. **Ahora comprendió el sentido verdadero, el único sentido y meta querida por Dios con este desengaño era: ¡volver ahora al corazón del padre! Pero ahora conscientemente, no como antes que lo tomaba como algo evidente; ahora, ¡conscientemente!** Y nos podemos imaginar que más tarde se convirtió en un hijo más fiel del padre, que aquel hijo que no se fue de casa. Así sucede repetidamente: lo que el buen Dios quiere, en último término, es ser el imán que nos atrae enteramente a Sí. **Y ¿qué es lo que quiere la fe en la Providencia? Nos quiere señalar el camino para que, a través de toda la oscuridad del tiempo, una y otra vez retomemos la mano paternal de Dios.**

Como vivir en medio de las heridas de nuestra Iglesia

Terciado para Sacerdotes, Milwaulkee, 1952

Quiero expresarles una petición: No dejen que las heridas cierren tan rápidamente. Si tal vez, hoy o mañana, conversamos sobre un tema más objetivo, creo poder decir que sería una lástima, una gran lástima, que ustedes dejaran cerrar las heridas de repente. Esto no sería un proceso de curación sana, pues las heridas son muy profundas como para que sea así. El sufrimiento que ustedes han apurado hasta las heces y que han reprimido, no ha sido asimilado todavía.

Nuevamente, quiero pedirles que no dejen cerrar las heridas; deben dejar que sangren. Y si no basta la primera semana, dejaremos que las heridas sangren todavía en la semana siguiente. Esto quiere decir en la práctica que ustedes tienen que quedarse con las iniquidades, injusticias y las distintas formas del sufrimiento que han soportado, pero que llevan mucho tiempo sin haber sido asimiladas, hasta que noten que el alma está interiormente libre, al punto de que puedan reírse de ello. **No debe haber una reacción fatalista que diga: “no hay nada más que hacer”, sino que, a partir más bien de este**

razonamiento, Deo gratias, el que Dios nos ha conducido por sus misteriosos caminos”.

Si necesitan otra imagen, podemos decir que, en nuestras almas, queda todavía tanta pus que debe salir y, sólo entonces, la naturaleza puede sanar desde adentro hacia afuera. Por eso también es muy bueno que, en cierto sentido, tomen esto tranquilamente. No deben tomar esto trágicamente, sino con tranquilidad, con cierto sosiego interior, que ha de manifestarse hacia fuera. **Seguramente, llegará el momento, hay que contar con esto también, en que este sosiego, tan fuertemente anhelado, los contente interiormente. Esto llega solo. Recién, entonces, se despiertan las nuevas profundidades y sólo entonces pueden empezar a construir una nueva vida.**

Una nueva Iglesia se vislumbra

Desafíos de nuestro tiempo, Editorial Nueva Patris

He aquí la primera cualidad de la Iglesia que tenemos hoy ante nosotros: una Iglesia peregrina, una roca peregrina, una barca en alta mar, enviada mar adentro. Comparada con la del pasado, esta concepción de Iglesia es extraordinariamente dinámica. **En cuanto a la acentuación, se pone énfasis no tanto en lo estático sino también, y mucho más, en la fuerza y poder dinámicos.** Hoy se procura subrayar el dinamismo de la Iglesia. Así se ve esa Iglesia.

A modo de segunda cualidad he mencionado lo siguiente: **esa Iglesia quiere estar unida en una fraternidad extraordinariamente cálida, profunda y ferviente. Una fraternidad que a la vez reconoce un gobierno jerárquico y una conducción jerárquica.**

Al comparar esta segunda cualidad con la imagen de Iglesia del pasado cercano y remoto, tomamos conciencia de cómo se veía la Iglesia de antaño, cómo nosotros mismos lo hemos experimentado en gran parte. **Por entonces, no era una fraternidad lo que unía a los miembros del pueblo entre sí y lo que los unía a los dirigentes de la Iglesia; por entonces, había por una parte, un rígido señorío, una jerarquía que tenía en sus manos la plenitud de la responsabilidad, la plenitud del poder y, por otra, un pueblo –por decirlo así– raquíctico por la falta de responsabilidad, por la falta de responsabilidad compartida.** Así era esa fuerte contraposición.

Estos rasgos le fueron estampados a la Iglesia en los primeros tiempos del cristianismo por el patriarcado dominante por entonces en el pueblo romano y, más tarde, desde el emperador Constantino, por la educación y formulaciones fundadas en el derecho público. Desde esa época existe en la Iglesia una fuerte contraposición entre “arriba” y “abajo”. **Frente a ese panorama, la Iglesia logra verse ahora a sí misma desde un punto de vista homogéneo; por excelencia, se ve a sí misma como pueblo de Dios, un pueblo de Dios que tiene un único lineamiento. Y todos, sin excepción, coinciden en ese solo y único lineamiento: trátase de la jerarquía cuanto del mismo Papa, lo que une a todos entre sí es una fraternidad común que hace que las personas crezcan en la comunión mutua.**

Repito entonces, que la nueva imagen de Iglesia, la manera como ella se ve a sí misma, los rasgos que percibe en sí misma, son la expresa fraternidad en cuanto realidad compartida del pueblo de Dios. **Los miembros de ese pueblo de Dios están**

unidos unos con otros, y unidos también con la jerarquía, en razón de una responsabilidad abarcadora y profunda. No hay falta de responsabilidad sino que cada uno es responsable de su cargo, pero también de la totalidad de la Iglesia. Así se nos presenta la nueva imagen de Iglesia.

¿Y la jerarquía? Pues bien, ¿qué significan hoy en día los cuadros dirigentes de la Iglesia? **En primer lugar, descender, adentrarse en esa comunidad, en lo que nos une: porque también la jerarquía es pueblo de Dios, porque la responsabilidad de la que es depositaria la jerarquía no es una responsabilidad por súbditos indignos sino por el pueblo de Dios. ¿Qué significa eso? Lo repito: una cercanía mucho más fuerte entre “arriba” y “abajo”. ¿Y qué quiere decir eso? Que una orientación jerárquica, un gobierno jerárquico, es el gobierno que parte –como lo hemos conversado tan frecuentemente en estos días– de una marcada paternidad, de una paternidad anclada en el mundo sobrenatural.** Ese es, en suma, el segundo rasgo de la nueva imagen de Iglesia.

¿Y la tercera cualidad? Más tarde pueden comprobar que aquí no les he expuesto nada de mi exclusiva cosecha sino lo que el Concilio mismo ha puesto de relieve en los debates, en toda la línea, unas veces de tal manera y, otras, de otra: **así como fue en los primeros tiempos del cristianismo, y como debió serlo siempre, la Iglesia ha de ser el alma de la cultura del mundo de hoy. Vale decir, no separar la Iglesia de la cultura, no separar la Iglesia del mundo. No; porque la Iglesia debe convertirse en alma de la cultura en su totalidad, alma de la cultura confusa, de la cultura de orientación totalmente mundana, de la cultura influenciada por el demonio.**

Particular importancia reviste además un término, un proceso que debemos grabarnos especialmente: **si el mundo de hoy en su conjunto está imbuido de la idea del evolucionismo, también la Iglesia habrá de ser contemplada desde el punto de vista de una sana evolución. La Iglesia no está acabada, jamás lo estará aquí, en este mundo. Porque la Iglesia se transforma; la Iglesia va cambiando en sus procesos de vida particulares. Naturalmente hemos de recordar, como lo he hecho al principio de esta conferencia, que la Iglesia siempre debe y quiere permanecer ligada a la tradición.** Si meditan esta imagen, escuetamente esbozada, esta nueva caracterización de la Iglesia, y observan la vida en el mundo –la del clero, la del episcopado, la de los fieles–, detectarán con relativa rapidez el fundamento sobre el cual se afirma cada uno. Si alguien abandona totalmente la base de la tradición y apunta sólo al progreso y la evolución, sabremos, por lo tanto, dónde está parado. Y si sólo admite la tradición negando todo desarrollo, sabremos de dónde procede la gran confusión de la época actual.

Mirando al pasado se reafirman los fundamentos profundos de la Iglesia y su misión esencial para todos los tiempos, tal como han sido vistos desde el inicio, tal como fueron dados por el Espíritu Santo. Estos fundamentos se mantienen incommovibles. Pero, a la vez, se da una orientación que conscientemente toma en cuenta los grandes acontecimientos y transformaciones del tiempo; y, de este modo, se orienta hacia las más nuevas playas. La consecuencia de todo esto es –podríamos quizás decirlo así– una suerte de revolución, una violenta conmoción. Queda atrás

una exagerada concepción tradicionalista y se camina hacia una concepción progresiva.

Una nueva forma de ser cristiano en tiempos de cambios

Desafíos de nuestro tiempo, Editorial Nueva Patris

Nos referimos aquí a una marcada situación de diáspora que hoy día se hace presente en forma lenta, pero cada vez con mayor fuerza: un cristianismo en la dispersión, en medio de una multitud de personas que profesan otros credos o de personas no creyentes de los tipos más diversos. Hace ya años que para caracterizar esta situación usamos la expresión “desterritorialización del cristianismo”. De eso ya han pasado decenios. Lo que veíamos venir en ese entonces, hoy día se ha desarrollado en forma plena.

Por todas partes se topa el cristiano actual con el no cristiano. Por todas partes, ambos se debaten en cuestionamientos de carácter existencial. Ya no hay murallas chinas que separen el espacio físico y espiritual de las diversas cosmovisiones. **Una cultura universal, como una gigantesca red, abarca pueblos y naciones en forma creciente y casi incontenible. Ella acerca, querámoslo o no, los Unos a los otros y, sin excepción, los hace dependientes unos de Otros. Desaparecen las distancias. Los valores propios y peculiares, a no ser que estén arraigados de un modo extraordinario, son barridos en un momento.**

Hacemos bien si nos orientamos y predisponemos interiormente a un largo predominio de la situación de diáspora a la cual acabamos de hacer referencia. **Esta situación exige perentoriamente una amplia educación que capacite para vivir en ella. De este modo, el ideal que nos inspira, el hombre nuevo y la nueva comunidad, ambos caracterizados por un marcado sello apostólico universal, adquiere una forma concreta muy determinada. Se trata de un hombre y de una comunidad capaces de vivir en la diáspora, que están animados por una vigorosa voluntad de conquista.**

Con el fin de profundizar este valioso conocimiento, doy la palabra a Karl Rahner. Escribe: “La situación de diáspora es para nosotros, hoy en día, una obligatoriedad salvífica. Es decir, no debemos considerar esta situación de diáspora únicamente como una desgracia, sino que podemos reconocerla como permitida (no como debida) por Dios, y serenamente sacar de ello las consecuencias”.

Nosotros acostumbramos decir: *Vox temporis, vox Dei*. Las voces del tiempo son voces de Dios. Las penurias y las exigencias del tiempo nos revelan, de modo más preciso, los deseos de Dios respecto a la necesidad de una nueva conformación del sistema educativo y de la formación, en nuestras organizaciones y establecimientos. La naturaleza y las características de esta situación de diáspora del cristianismo determinarán con más exactitud la estructura del hombre capaz de vivir en la diáspora y las características que debe poseer su formación en el plano individual y social.

El cristianismo de diáspora actual, el que viviremos mañana y pasado mañana, posee cuatro propiedades que le son características, Cuales deben tomarse en cuenta y ser consideradas por todos aquellos que se dedican a la

educación y conducción de los individuos y de los pueblos. Este tipo de cristianismo, a diferencia del anterior, es más acentuadamente un cristianismo de elección (o decisión personal) y un cristianismo del amor; es un cristianismo que acentúa más intensamente el *espíritu de conquista* y, por último, es un cristianismo *laical*.

Actitud hacia los más nuevos tiempos: “un nuevo e inigualable optimismo”

Desafíos de nuestro tiempo, Editorial Nueva Patris

El pesimismo quisiera embargar nuestra alma y estremecerla profundamente. Quizás podríamos plantearnos más bien la pregunta así: ¿no estamos ante un aniquilamiento, ante un ocaso de la Humanidad, como en el tiempo de Noé? ¿No surgirá de este derrumbe un nuevo tiempo, una nueva generación, una nueva familia humana de la cual va a brotar y crecer un árbol nuevo, una nueva primavera? ¿Quién puede darnos una respuesta precisa? ¿Quién de nosotros ha sido el consejero de la sabiduría eterna? (cfr. Rom. 11, 34). ¿Quién ha podido jamás penetrar sus planes? **Una cosa, sin embargo, puedo aseverar con seguridad: En este trasfondo oscuro brilla para nosotros un nuevo e inigualable optimismo. Es la simple y vigorosa fe de que está surgiendo un mundo nuevo, un mundo lleno de la luz y del brillo del sol, un mundo en el cual Cristo, el Rey del universo, y María, la gran Reina, van a obtener una victoria particularmente singular. Nosotros, que caminamos en las tinieblas, debemos comprendernos como los precursores de esta gloriosa nueva época, aunque también nuestro camino deba pasar por oscuridades y tinieblas o nos espere una muerte cruenta (...).**

¿Cuál es el sentido profundo de estos aplastantes signos de desintegración? ¿Qué quiere Dios, el Señor? Aquí se trata de algo más que de un cabello que cae de nuestra cabeza. El Padre de los cielos sabe alimentar las aves y cuida de los lirios del campo. ¿No va él a proteger y cuidar, en forma aún muchísimo más sobresaliente, su imagen natural y sobrenatural? (...).

¿Cuáles son las nuevas playas, la luz, el mundo nuevo, la nueva meta hacia la cual el Señor quiere conducir al mundo y a la humanidad? (...). ¿No querrá Dios destruir todo lo oscuro y mediocre para hacer surgir en su lugar - ciertamente en una lenta maduración - algo imponentemente nuevo? Nos encontramos al término de un cambio de tiempo, que comenzó hace cuatro o cinco siglos, cerca del 1500 (...). **Un nuevo mundo surge ante nosotros, un mundo nuevo que también el Señor ha proyectado para siglos.** ¿Cómo se muestran esas nuevas playas que están acercándose? (...). ¿Cuáles deben ser las características del mundo nuevo, de la nueva sociedad humana? ¿Qué rostro va a poseer? (...). ¿Cuál es el sentido de esta importante conducción y disposición de Dios y de los golpes del destino del tiempo actual? ¿Quién se atreve a dar una respuesta absolutamente valedera? Por eso ahora sólo pueden esperar una respuesta que busca claridad, tentativamente, en una perspectiva metafísica y profética (...).

a. Un mundo nuevo según el orden de ser querido por Dios
(Una orientación metafísica)

Hoy día necesitamos un tipo de jefes, tanto en el orden eclesial como en el orden laical, que posea una orientación

metafísica. Hoy no basta con el mero instinto religioso para salir adelante (...). El hombre contemporáneo está llevando a cabo, hoy en día, una tentativa sacrílega de poner en escena una revolución en el orden de ser. **Nuestra meta no es la revolución del orden de ser, sino la fidelidad al orden de ser.**

El hombre moderno quisiera tener una respuesta que dé soluciones al momento para salir del caos. No posee la capacidad de ir hasta lo más profundo. **En cambio, aquél que está orientado metafísicamente, consciente de que todas las cosas son un pensamiento y un deseo encarnado de Dios, se pregunta: ¿cuál es la imagen de Dios que se encuentra en la esencia de la sociedad humana?** Estamos conscientes de que, en las nuevas playas, se van a dar formas de comunidades distintas a las que teníamos ayer. **El educador metafísico, por eso, primero se pregunta: ¿cuál es la esencia de la comunidad? La esencia de la comunidad consiste en el estar espiritualmente el uno en el otro, con el otro y para el otro. Cultivará, entonces, cuidadosamente ese triple elemento, y dejará que, con el tiempo, surjan de él formas concretas (...).**

Así surgió Schoenstatt en todas sus comunidades. No se buscó de partida una forma concreta absoluta, sino que todo fue producto de un ir rastreando (en la vida) el orden de ser objetivo (...)

b. Leer la voluntad de Dios en los signos del tiempo

(Una orientación profética)

En segundo lugar, nos referimos a un tipo de educador profético. No piensen que con ello estoy aludiendo a un hombre que tenga que ver constantemente con visiones. **Más bien pienso en un agente de pastoral y en un educador que esté entera y totalmente convencido de su misión, que esté poseído de Dios, que lleve en sí mismo lo divino y lo encarne hasta la punta de los dedos, y que viva en y del tiempo.**

No basta con una simple vinculación a Dios. La consigna debe ser estar poseído de Dios. Lo mismo vale para nuestra conciencia de misión: debemos estar poseídos por la misión; debido a que vivimos en un tiempo en el cual los dados se echan por siglos, al mismo tiempo tenemos que estar íntimamente compenetrados de la importancia que reviste el tiempo actual.

Es Dios quien debe realizar el cambio de la configuración histórica del tiempo. **Nuestra fuente de conocimiento es el tiempo: Vox temporis, vox Dei (la voz del tiempo es la voz de Dios).** Los siglos venideros se alimentarán del cuño que nosotros sepamos imprimir a esta época.

¿Qué nos dicen esas personalidades de jefes que están orientadas proféticamente? ¿Qué señales nos anuncian del futuro? (...). Dios quiere imprimir los rasgos de Cristo desde un triple punto de vista. Primero, desde el punto de vista de la infancia espiritual heroica; segundo, de la comunidad ideal y perfecta; y, tercero, de una vigorosa tendencia de desarrollo y de voluntad creadora (...)

El hombre filial ante Dios

En primer lugar, una infancia espiritual heroica. ¿De dónde saco esta conclusión? Nuevamente, del palpitar del tiempo. Dios habla a través de las voces del tiempo. ¿Y qué persigue el espíritu del tiempo? Por favor, visiten los otros campamentos. **Por**

doquier se cultiva al hombre colectivista. Se quiere fabricar un hombre primitivo, que sólo responda a las necesidades físicas más primitivas. Las circunstancias de vida conforman al hombre. Condiciones de vida primitiva conforman a un hombre primitivo que no es capaz de conducirse a sí mismo y que, por eso, depende de lo que digan y hagan a su derecha y a su izquierda.

El hombre primitivo se contenta cuando han sido satisfechas sus necesidades primitivas. Por un plato de lentejas abdica de su derecho a la libertad y de su derecho a la vida divina que hay en él. Sentimos, por otra parte, el violento impacto del azote del mundo nuevo y de las transformaciones que obra en nosotros. ¿Quién podrá resistir? A esto se agrega la inseguridad: ¿qué pasará mañana y pasado mañana? ¿Quién podrá contestar en forma inequívoca? ¿Quién es capaz de resistir a esta múltiple inseguridad e incertidumbre de la situación actual? Solamente el hombre genialmente ingenuo, el niño sencillito y simple.

Al hombre primitivo oponemos el hombre "ingenuo". La infancia espiritual es la solución práctica a todos los problemas para quienes poseen una actitud religiosa profunda. En esto consiste la misión de Teresa de Lisieux. Ella no se limita a enviar una "lluvia de rosas" al mundo: también tiene una misión peculiar para los tiempos actuales, con su ascética de la infancia espiritual.

Esta infancia, que todos necesitamos, comprende tres elementos: humildad, confianza y entrega.

Humildad heroica: ¿cuánto no es necesaria en este tiempo! **Ser humilde quiere decir saber reconocer nuestra debilidad. ¡Seamos honestos! La humanidad actual está enferma... Enferma en su sustancia y en sus facultades. Por lo tanto, debemos educar al hombre en el reconocimiento de su propia debilidad y su propia pequeñez. (...)**

El heroísmo de la humildad requiere ser complementado por el heroísmo de la entrega. **El hombre tiene que pertenecer a alguien. Si no puede ni quiere pertenecer a sí mismo, debe pertenecer al amor eterno e infinito.**

Humildad y entrega son complementados por el heroísmo de la confianza. Una humildad, una confianza y una entrega filial heroicas... La infancia, considerada desde el punto de vista religioso, no debe ser confundida con el infantilismo. **La infancia espiritual no coloca en primer plano la conciencia de cobijamiento, sino la perfecta entrega al Dios eterno (...).**

(Si no cultivamos la auténtica infancia espiritual) no tendremos eficacia ni fuerza para enfrentar virilmente la vida (...). **Si las durezas de la vida me impulsan a ligarme al Dios eterno con una actitud filial, entonces seré capaz de resistir y de mantenerme en pie. (...)**

Si queremos renovar el mundo, no bastan los medios naturales. Debemos atrevernos a dar el salto mortal a los brazos de Dios. *Es Dios quien quiere utilizarnos como sus pequeños instrumentos para crear con nosotros un mundo nuevo, y nosotros debemos ofrecernos y abandonarnos a él como sus pequeños y sencillos instrumentos (...).* **Nadie llegará a ser un hombre íntegro, nadie podrá resistir como una roca en medio del mar, si no hunde las raíces de su ser en forma cada vez más y más profunda en el corazón paternal de Dios.**

Por lo tanto, si queremos conocer los rasgos del rostro de Cristo, que quieren imprimirse en el tiempo actual, ya

tenemos una respuesta: el rasgo de la infancia espiritual heroica.

El hombre comunitario

Una segunda respuesta nos dice que Dios nos pide el cultivo de una comunidad perfecta. ¿De dónde deducimos esto?

El educador (profético) poseído por su misión, mira siempre a Dios y busca leer sus deseos en el tiempo; se orienta por la situación del tiempo actual (...). El colectivismo toca una problemática contemporánea esencial. **¡Cuánta desintegración de la comunidad humana se puede observar hoy día! De la prisión del individualismo, la humanidad ha llegado a la prisión del colectivismo. Ambas corrientes se condicionan mutuamente: un extremo hace que surja el extremo opuesto. ¿Cuál es la intención de Dios? ¿Qué quiere imprimir en la faz del tiempo actual? Un espíritu comunitario lo más perfecto posible. Si queremos preparar a nuestra juventud para los tiempos venideros; si queremos preparar la familia natural, debemos velar para que surja ese profundo estar el uno en el otro, con el otro y para el otro. ¡Debemos sentirnos recíprocamente responsables los unos de los otros (...).** La mesa familiar –nos decían los antiguos– no es una mesa de placer sino un altar de sacrificio. Kolping lo expresaba así: “La familia es el fuego del hogar y de un amor que apoya y sabe soportar al tú”. De la comunidad perfecta vale la afirmación: “Que cada uno lleve la carga del otro; así cumplirán la ley de Cristo” (Gál. 6, 2) (...)

El hombre, forjador de historia

El tercer rasgo que debe caracterizar a la sociedad del futuro es una vigorosa voluntad de plasmación y de desarrollo.

La fuente de la cual deducimos la intención de Dios es, nuevamente, la situación contemporánea. En aquel entonces, el Señor mismo nos explicó el método con las palabras: “Sabéis interpretar los signos de los cielos y de la tierra. ¿Cómo es, entonces, que no sabéis interpretar el tiempo presente” (Lc. 12, 56). **Las voces del tiempo son voces de Dios.**

Como afirmaba, la tragedia no consiste tanto en que los malos sean malos, sino en que los buenos no tienen el valor de ser integralmente buenos. Es decir, en que no tengamos la valentía de arrojarnos con audacia en medio del oleaje y dejar la responsabilidad a Dios. **Nos falta conciencia de misión y espíritu de conquista. Carecemos de la fuerza elemental propia de una voluntad creadora y forjadora. El catolicismo auténtico se caracteriza por la eterna juventud.**

Hoy día se nos ha relegado a la sacristía. No obstante, debemos arrojarnos al río de la vida y trabajar y trabajar, haciendo todo lo que está de nuestra parte. ¿Acaso esto no contradice lo que dijimos anteriormente? ¿Acaso no pedimos oración y sacrificio? **La vida cristiana está en constante movimiento.** ¿Qué nos decía Don Bosco?: El demonio trabaja por diez; nosotros, por eso, debemos trabajar por cien. “Nada sin ti, nada sin nosotros”, es nuestro lema. **Las cosas no resultan sin nosotros; tiene que darse en nuestra vida una voluntad plasmadora. Debemos tener el valor de decidirnos a actuar. ¿Quién hará el cambio de rieles del tiempo actual? Cada uno debe responder por sí mismo y sus actos, en la medida en que ha recibido una tarea del Señor.**



Con María y como María, aprendemos a amar a la Iglesia

Desafíos de nuestro tiempo, Editorial Nueva Patris

Celebramos la fiesta de la maternidad de la Santísima Virgen. Esta fiesta nos recuerda que **la Santísima Virgen no sólo es Madre de Jesús, Madre de Dios, sino también Madre nuestra; más exactamente que ella es, al mismo tiempo, madre y prototipo de la Iglesia; y a saber, de la Iglesia tal como ésta se presenta actualmente. Este hecho pone en nuestros labios una doble petición: Querida Madre nuestra, cuida que lleguemos a poseer una profunda comprensión de tu amor a la Iglesia, a la Iglesia tal como la vemos en la actualidad. Y enciende también nuestro corazón, al menos en algo, con el mismo amor que te consume a ti.**

Quiero acentuar que pensamos en la Iglesia tal como la experimentamos hoy en día. (...) Todos aquellos que conocen la vida, que han recorrido diversos países, han acumulado una cantidad de decepciones respecto a la Iglesia. Ciertamente la Iglesia tiene una faz enteramente distinta a aquella que mostraba en el tiempo de nuestros padres o de nuestros abuelos. (...) Ellos nos enseñaron a amar a la Iglesia en su antiguo ropaje. ¿Pero hoy...? Sin embargo, querámoslo o no, tenemos que pronunciar dos nombres, dos realidades simultáneamente: María y la Iglesia. Ambas están unidas inseparablemente. Por eso también hoy día, tanto en el ámbito intraeclesial como también más allá de la Iglesia, ambas han sido objeto de una acentuada discusión.

Dijimos que la Santísima Virgen es madre de la Iglesia, pero que también es su prototipo. Si es madre de la Iglesia, resulta evidente que la Iglesia es impensable sin la Santísima Virgen. **Si ella es la imagen ideal de la Iglesia, quiere decir que el Padre Dios creó su Iglesia según la imagen originaria de María. Según ese prototipo, condicionó su Iglesia, la conduce y la guía a través de los siglos. Ambas se pertenecen mutuamente en forma indisoluble.** Por eso, podemos también entender que, con razón, se pueda afirmar que actualmente nos encontramos no sólo en un siglo mariano sino también en un siglo eclesial. Si es verdad que la Iglesia y la Santísima Virgen se condicionan mutuamente, tal como lo hemos dicho (como madre e hijo, prototipo e imagen), resulta evidente que la Santísima Virgen también sea arrastrada al campo de las discusiones. (...)

¿Cuál es la realidad de mi amor a la Iglesia? No a la Iglesia de mis antepasados, sino a la Iglesia del tiempo actual, a la Iglesia tal como ella se muestra en el Concilio. (...) Mi amor a la Iglesia se mide por mi amor a la Santísima Virgen. (...) Ambas comparten el mismo destino, no sólo de manera objetiva sino subjetiva, en nuestro pensar, vivir y amar. Mi amor a la Santísima Virgen condiciona esencialmente mi amor a la Iglesia.

Somos parte del problema y estamos llamados a ser parte de la solución. No queda otra alternativa cuando no logramos respirar tranquilos antes de que una nueva noticia de corrupción y abuso sacuda la opinión pública. Caen los ídolos, decepcionan los líderes y los maestros, el descrédito horada la confianza mínima al interior de las instituciones y muy especialmente dentro de la Iglesia de la que somos piedras vivas. Una catarsis tras otra no consigue aplacar la rabia, hay una retroalimentación constante de la ira.

¿Y ahora qué? Hay que encender el ordenador de la mente y hacer un click en 'modo desengaño' que está justo debajo de 'modo avión'. Y luego hay que abrir la carpeta 'organismo de vinculaciones'. Al desplegar los archivos encontraremos el que necesitamos: 'función desengaño de los vínculos'.

Es la dinámica de la Alianza de Amor en el marco de la redención y es parte del Tercer Hito del que somos herederos. Es Dios Padre quien nos introdujo en su circuito de amor, circuito de solidaridad que nos regala un sentimiento de pertenencia a una Familia, a una Iglesia, a un país, a un mundo entero de ayer, hoy y mañana. Pero mientras estemos en esta tierra es una vivencia que entraña mucho dolor y desaliento antes de ver luz en el fondo del túnel.

Es nuestro hábitat. Los padres quieren ser reflejo de Dios para sus hijos. Los hombres y las mujeres tantean la imagen de Dios en la autoridad y en los confiados. Los seres humanos intentamos reconocernos hermanos porque 'en Cristo nos ata un estrecho vínculo'. Un autor decía algo así: ¿quieres ver a Dios? ¡Encuéntrate con tu hermano! ¿Quieres amar a Dios? ¡Ama a tu hermano! Incluso cuando hay disputa, se discute con el hermano y no con el enemigo. Eso es lo particular del cristianismo tomado en serio. Eso es lo quisiéramos, es nuestro afán y sueño.

Amar siempre es una confesión feliz. Verdadera. También, verdad incompleta. Está al inicio de una pareja que comienza su vida de familia. Está en el punto de partida de una amistad. Está al comienzo y en la mitad del camino hasta que nos sorprende y aturde que ese 'otro' ya no es el que soñamos o esperamos. Ese otro hace exactamente lo contrario a lo que predicó o prometió o exigió. Es el desencanto del adolescente. Es la desilu-



Función desengaño

sión del adulto que adhirió a líderes, que confió en los amigos, que vio la verdad detrás de las máscaras, que veneró a los que llevan un solideo rojo. Es la ruptura necesaria de una cierta fantasía. Eso resquebraja algo dentro del alma. Hiere, muerde, rasguña.

Hay que ir a la escuela del Padre Kenenich. Mal que mal, por predicar la honrura y amplitud y la dinámica del organismo de vinculaciones que va y viene de Dios mismo, le costó 14 años de exilio. Lo vivió y lo predicó. La Iglesia decía ¡sólo Dios! ... Y el Padre afirmaba: ¡con los hombres, desde los hombres! ... Es el tema de las causas segundas libres que hablan y conducen pero no son estación final. (Ahora corremos el peligro de volver atrás: ¡sólo Dios!)

Lo que está en juego es el amor que requiere remontarse más allá. El puerto es Dios. La roca es Cristo. El envión viene de las desilusiones ante situaciones muy humanas donde la víctima está muy cerca. Y allí mismo, en la herida puede comenzar la raíz firme en Dios. No hay más alternativa para no morir de asfixia en la cueva que impide ver la visión de conjunto.

Lo que ocurre en Chile y en la Iglesia –y también al interior de nuestras familias, seamos honestos, es donde hay más abusos– nos habla de que en definitiva nada ni nadie consigue llenar el corazón como quisiéramos; no hay tierra del espíritu donde instalar una tienda definitiva. La fidelidad es costosa, muy cara. La vulnerabilidad es enorme. La hora de la verdad llega con esa palabrita: ¡desilusión! Como si de pronto verificáramos que la torre de Eiffel es una construcción de palitos de fósforos.

Es positivo vivirlo en carne propia, entre los más cercanos, 'amigos del alma', en el barrio, allí y aquí, porque en esos escombros hay alternativas de reconstruir

la casa, incluso entre todos, con los que encendieron la mecha para el incendio y los damnificados. La farándula de los medios de comunicación nos ha aturrido y no conseguimos dar un paso más adelante. Es la hora de entrar en la dinámica del vínculo y cavar más hondo. Es el momento de pisar fuerte en el escalón del desengaño y disponerse a pisar el próximo. Es parte del aprendizaje del amor. ¿Quién no ha crecido después de una desilusión bien asimilada? Se va y se vuelve de esta vivencia; las llamas rebrotan y hay que lanzar más agua. Es la condición previa para un amor verdaderamente gratuito, purificado, que da estatura de nuevo Cristo. No es de un día para otro, hay que consolar y ser consolados, hay que recomponer las confianzas, hay que dar alternativas y nuevas oportunidades. Son pasos duros, que requieren una fuerza interior vigorosa y una mentalidad religiosa auténtica. Sabemos de esto y ahora recrucece por las experiencias inmediatas.

El desengaño abre una rendija hacia la madurez del amor cuando se escuchan dos palabras: ¡perdóname! ... y ... ¡te perdono! Y hay que repetirlo ¡siete veces siete! ... No hay otro espacio social fuera del cristianismo donde la palabra ¡perdón! tenga ese sabor a liberación y que tenga el sello del amor heroico. Y no son palabras al viento, son de cara a cara, de nombre a nombre.

Estamos en una crisis profunda, en un momento coyuntural de la Iglesia. Es la hora de dar testimonio de lo que creemos. Creemos en María bajo la cruz sosteniendo un cáliz que se va colmando con la sangre de su Hijo. El Hijo está desfigurado, su rostro es de 'siervo doliente'. Es un espectáculo. Aparece como un facineroso merecedor de carcajadas burlescas. El cuerpo está lacerado. La Iglesia es el cuerpo herido, humillado, mostrando la llaga del pecado. No estamos en una vereda del frente 'con la Iglesia', todos somos Iglesia y no podemos desentendernos, todos somos los desfigurados... ¿Qué queda por hacer?...

Ese engendro es el Cuerpo de Cristo. Y María está a su lado como ahora está junto al Cuerpo de Cristo herido. María, corazón de la Iglesia está junto al Desfigurado. Ese es nuestro lugar, con María, junto a la Iglesia, con el rostro desfigurado y vergonzoso. Está con nosotros y los otros. No hay expulsados bajo su mirada.